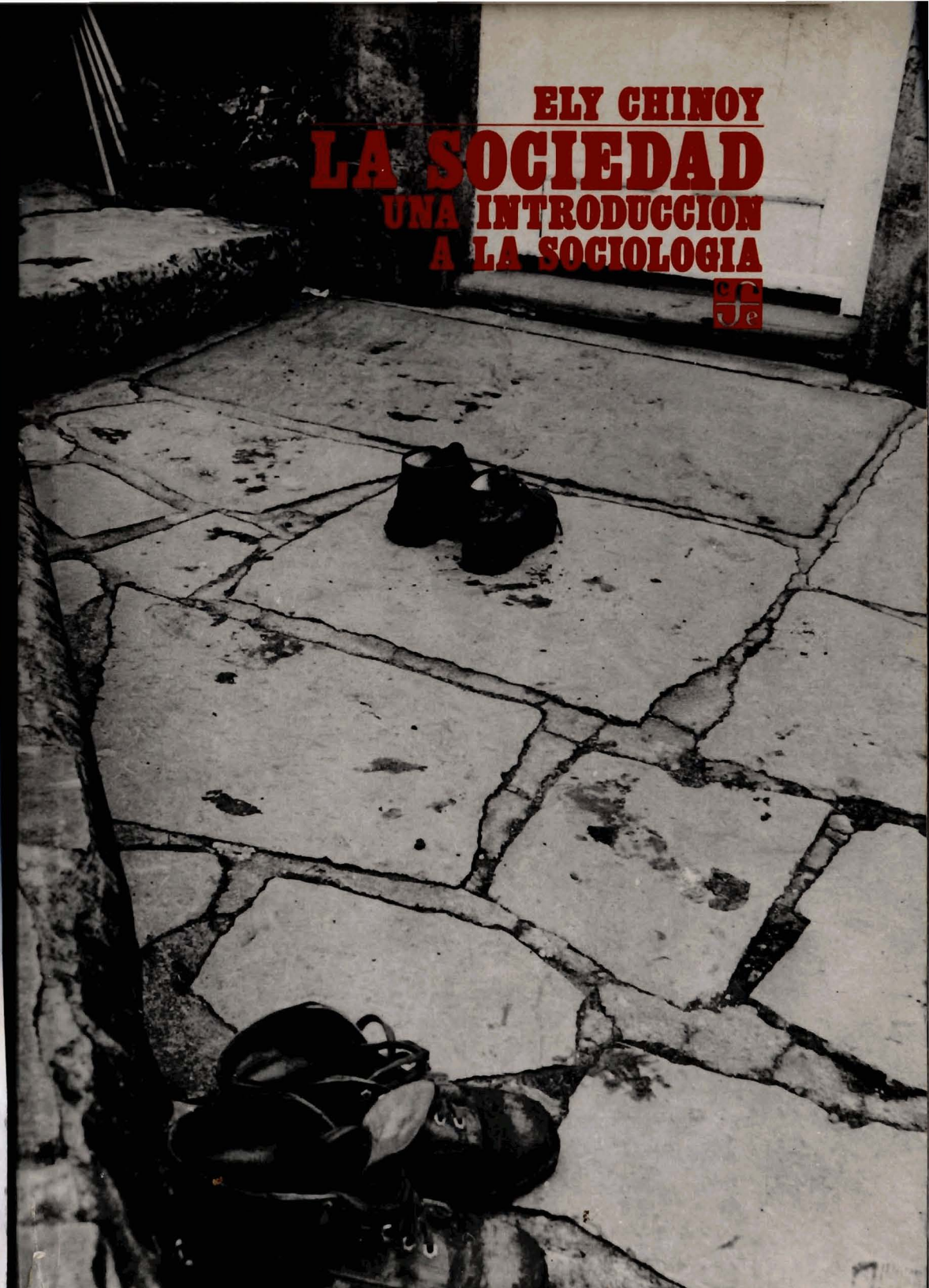
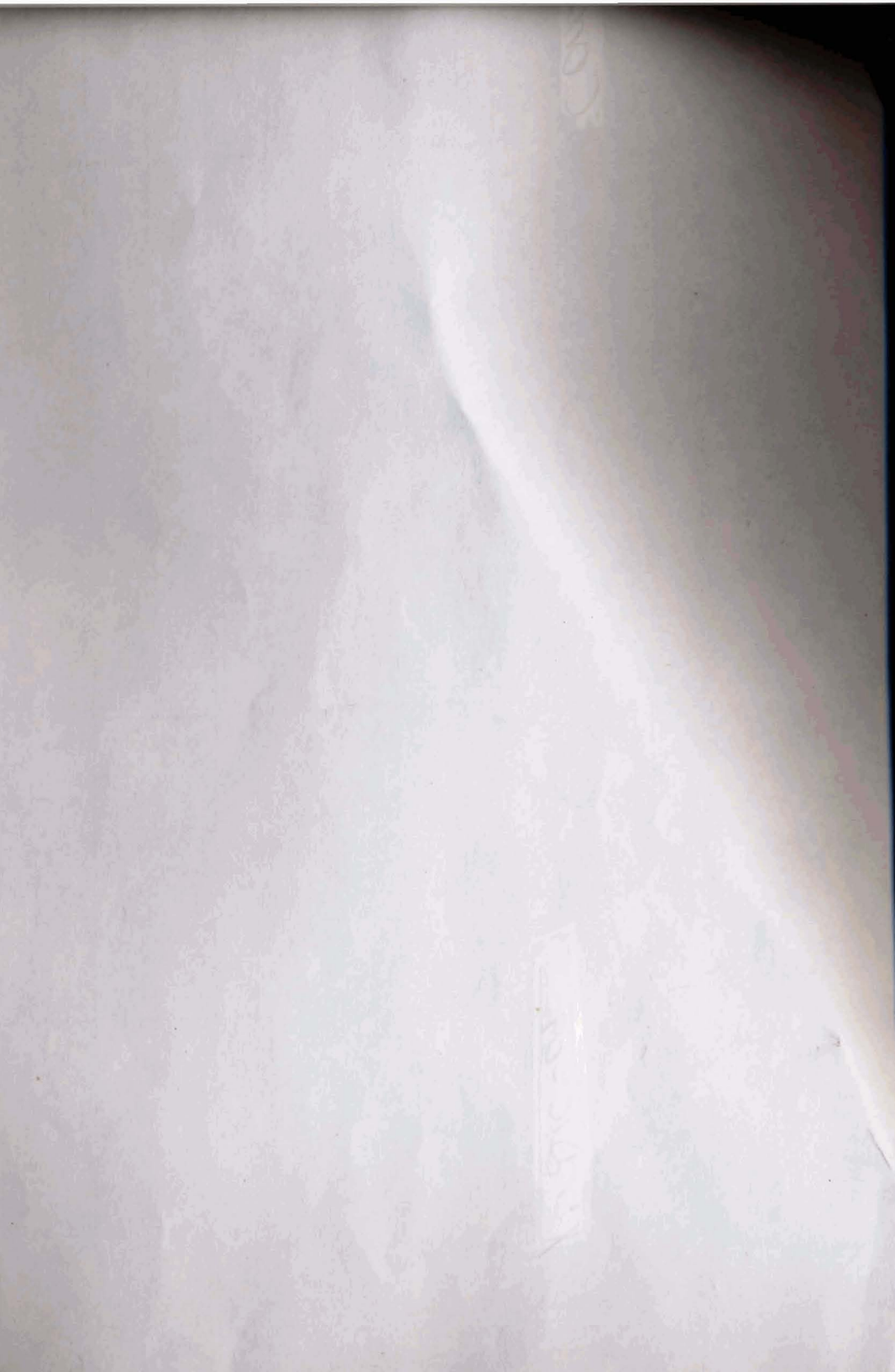


ELY CHINOY
LA SOCIEDAD
UNA INTRODUCCION
A LA SOCIOLOGIA



ELY CHINYO

La sociedad

Una introducción a la Sociología

Traducción de
FRANCISCO LÓPEZ CÁMARA

000359



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1961
Cuarta edición en inglés, 1963
Primera edición en español, 1966
Vigésima tercera reimpresión, 2004

Chinoy, Ely

La sociedad : una introducción a la sociología / Ely
Chinoy ; trad. de Francisco López Cámara. — México :
FCE, 1966.

424 p. ; 23 x 16 cm — (Colec. Sociología)
Título original An Introduction to Sociology
ISBN 968-16-0168-8

1. Sociología I. López Cámara, Francisco tr. II. Ser
III. t

LC HM51.C47

Dewey 301 Ch539s

Comentarios y sugerencias: editor@fce.com.mx
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5227-4672 Fax (55)5227-4694

Título original:
An Introduction to Sociology
© 1961, Random House, Nueva York

D. R. © 1966, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
—incluido el diseño tipográfico y de portada—,
sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico,
sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN 968-16-0168-8

Impreso en México • Printed in Mexico

Para
MICHAEL Y CLAIRE

Este libro trata de introducir al lector la gran tradición intelectual que constituye la sociología de los países de la América Latina. La sociología en esta región es el resultado de la interacción de la cultura occidental y de la tradición indígena. El libro trata de mostrar la importancia de la sociología para comprender la vida social y la cultura de los países de la América Latina. El libro trata de mostrar la importancia de la sociología para comprender la vida social y la cultura de los países de la América Latina.

Los objetivos específicos de este libro son, en primer lugar, presentar los principales conceptos que definen a la sociología y explicar su importancia para comprender la vida social y la cultura de los países de la América Latina. En segundo lugar, explicar la importancia de la sociología para comprender la vida social y la cultura de los países de la América Latina. En tercer lugar, explicar la importancia de la sociología para comprender la vida social y la cultura de los países de la América Latina.

Al perseguir estos objetivos, incluido en un primer capítulo el estudio de los fundamentos de la sociología. Las respuestas a muchas de las cuestiones más fundamentales se encuentran en un capítulo básico, aunque algunas cuestiones más complejas se discuten en capítulos posteriores. En consecuencia, este libro introduce a la sociología de manera que el lector pueda comprender la importancia de la sociología para comprender la vida social y la cultura de los países de la América Latina. Este libro trata de mostrar la importancia de la sociología para comprender la vida social y la cultura de los países de la América Latina.

Cualquiera que trate de presentar las ideas básicas de una disciplina tiene inevitablemente una deuda con los autores que han contribuido a la disciplina. Esta deuda es reconocida en el texto de este libro. Hay, sin embargo, varias personas con quienes tengo relaciones especiales.

El mayor reconocimiento lo debo a Charles H. Page, cuyo trabajo de manera importante ha sido utilizado libremente. Su estímulo me ha permitido escribir este libro y su ayuda me ha permitido completar el libro. También quiero agradecer a los editores de la editorial FCE por su interés en este libro y por su apoyo.

Este libro es dedicado a Michael y Claire.

II. CULTURA Y SOCIEDAD

Conducta regulada y vida colectiva

LA SOCIOLOGÍA comienza con dos hechos básicos: la conducta de los seres humanos muestra normas regulares y recurrentes, y los seres humanos son animales sociales y no criaturas aisladas.

Los hechos fundamentales como nacer, morir y casarse; los detalles privados de bañarse, comer y hacer el amor; los sucesos públicos de votar y producir o comprar mercancías, y las otras múltiples actividades realizadas por los hombres, siguen usualmente normas reconocibles. Sin embargo, con frecuencia perdemos de vista la naturaleza repetitiva de la mayoría de las acciones sociales, ya que cuando observamos a las personas que nos rodean estamos más dispuestos a advertir su idiosincrasia y sus rasgos personales, que sus similitudes. Pero si nos comparamos con los franceses, con los japoneses o con los isleños de Trobriand, nos diremos: nosotros hacemos esto de tal manera, ellos lo hacen de ese modo. Charles Horton Cooley, uno de los primeros sociólogos importantes de Norteamérica, observó alguna vez: "¿No es cierto que entre más cerca está una cosa de nuestro hábito de pensamiento más claramente vemos lo individual...? El principio es el mismo que el que hace que todos (los chinos) nos parezcan iguales: vemos el tipo porque es muy diferente de lo que estamos acostumbrados a ver, pero sólo el que vive dentro de ellos puede percibir totalmente las diferencias entre los individuos."¹

Al estudiarnos a nosotros mismos, como podríamos estudiar a los chinos o a cualquier otra sociedad diferente de la nuestra, abstraemos de lo que es único los rasgos de conducta recurrentes. Cuando los hombres responden a una presentación personal con una frase acuñada—"¿Cómo está usted?"—, la entonación, el tono, el volumen pueden variar, pero la fórmula verbal es la misma. Algunas personas dan la mano enérgicamente, con un fuerte apretón, mientras otras tienen un saludo suave y débil; estas diferencias personales tienen significación en el intercambio social que se lleva a cabo, pero no niegan la existencia de la forma regulada de conducta que opera cuando la gente se encuentra.

Los aspectos repetidos de la acción humana son la base de cualquier ciencia social. Sin normas susceptibles de ser descubiertas no habría ciencia, pues la generalización sería imposible. La Sociología se distingue de la economía, de la ciencia política y de la psicología por las normas particulares que estudia, así como por la manera como las observa. Los rasgos de la conducta sobre los cuales enfoca su atención la Sociología derivan del segundo hecho básico sobre el que descansa la disciplina: el carácter social de la vida humana.

"El hombre —dijo Aristóteles hace más de dos mil años— es por naturaleza un animal político (en términos actuales, la palabra traducida usualmente por *político* podría ser traducida en forma más adecuada por

social) y... el que por naturaleza y no artificialmente no es apto para vivir en sociedad debe ser inferior o superior al hombre." Adam Ferguson, filósofo moralista escocés del siglo XVIII, observó alguna vez, con palabras que son todavía apropiadas, lo siguiente: "Tanto los primeros como los últimos informes reunidos en todo el mundo nos presentan a la humanidad como reunida en grupos y bandas... (hecho que) debe ser admitido como la base de todo nuestro razonamiento relativo al hombre."² Hay algunos vestigios de seres humanos que de algún modo lograron sobrevivir sin el cuidado de los hombres o sin asociaciones normales con otros hombres, pero tales casos de "hombres salvajes", como se les llama, así como los de los niños ultrajados y abandonados, muestran pocas características normalmente atribuibles al hombre.³

Al tratar de explicar las aparentes regularidades de las acciones humanas y los hechos de la vida colectiva, los sociólogos han desarrollado dos conceptos, *cultura* y *sociedad*, que pueden considerarse básicos para la investigación sociológica. Cada uno de estos términos tiene una larga historia. El concepto de *sociedad* deriva inicialmente de los intentos hechos durante los siglos XVI y XVII para diferenciar al Estado de toda la organización social, aunque el análisis sistemático de la naturaleza de la sociedad sólo apareció con la sociología. El término *cultura* se popularizó al principio en Alemania, durante el siglo XVIII, usándosele primeramente en la antropología en 1871, por Edward Tylor, un investigador inglés, y sólo llegó a ser ampliamente utilizado en la investigación sociológica hasta el siglo XX.⁴ Ambos términos han sido empleados de varias maneras, y no existe hasta hoy un completo acuerdo sobre su significado. A pesar de estas variantes —o quizá a causa de ello— los términos no pueden servir para definir y sugerir, de una manera general, la naturaleza y los límites del objeto de estudio de la Sociología. Habría que anotar, sin embargo, que los fenómenos a los que se refieren la cultura y la sociedad no existen independientemente uno del otro. Aunque podemos distinguirlos analíticamente, la sociedad humana no puede existir sin la cultura, y la cultura sólo existe dentro de la sociedad.

La cultura

El concepto de cultura, tal como es utilizado en la investigación sociológica, tiene un significado mucho más amplio que el que se le da común-

² Adam Ferguson. *Essay on the History of Civil Society*, 7ª ed.; Boston: Hasting, Etherige and Bliss, 1809, p. 4.

³ Para una revisión de la bibliografía sobre los salvajes, véase Ashley M. F. Montagu, *The Direction of Human Development*, Nueva York: Harper, 1955, cap. 11. Para la descripción detallada y el análisis de un caso reciente de un niño completamente abandonado, véase Kingsley Davis, "Extreme Social Isolation of a Child", *American Journal of Sociology*, XLV, enero de 1940, 554-65, y "Final Note on a Case of Extreme Isolation", *Ibid.*, LII, marzo de 1947, 432-47. Un informe aún más reciente sobre el caso de un salvaje se encuentra en William F. Ogburn, "The Wolf Boy of Agra", *ibid.*, LXIV, marzo de 1959, 449-54. Una sugestiva interpretación psicológica del salvaje la ofrece Bruno Bettelheim, "Feral Children and Autistic Children", *ibid.*, 455-67.

⁴ Para un recuento detallado de los significados atribuidos al concepto de "cultura", tanto en el pasado como en el presente, véase Alfred L. Kroeber y Clyde Kluckhohn, *Culture, a Critical Review of Concepts and Definitions*, "Papers of the Peabody Museum of American Archeology and Ethnology", Harvard University, vol. XLVII, N° 1, (Cambridge: publicaciones del Museo, 1952).

¹ Charles H. Cooley, *Human Nature and the Social Order*, Nueva York: Scribner, 1902, p. 33 n.

mente. En el uso convencional, la cultura se refiere a las cosas "más elevadas" de la vida: pintura, música, poesía, escultura, filosofía; el adjetivo *culto* es sinónimo de cultivado o refinado. En sociología, la cultura se refiere a la totalidad de lo que aprenden los individuos en tanto miembros de la sociedad; es una forma de vida, un modo de pensar, de actuar y de sentir. La vieja pero todavía muy citada definición de Tylor (1871) indica su extensión: "Cultura es el todo complejo que incluye al conocimiento, las creencias, el arte, la moral, el derecho, la costumbre, y cualquier otra capacidad y hábito adquirido por el hombre en cuanto que es miembro de la sociedad." La técnica de lavarse los dientes, los Diez Mandamientos, las reglas del beisbol, del *cricket* o del salto escocés, los procedimientos para escoger un Presidente, un Primer Ministro o los miembros del Soviet Supremo, forman parte de la cultura, al igual que el último libro de poesía de vanguardia, la *Novena Sinfonía* de Beethoven, o los *Fragmentos* de Confucio.

Las regularidades de la conducta humana no constituyen en sí mismas cultura. Tienen lugar porque los hombres poseen cultura, tienen patrones comunes sobre el bien y el mal, sobre lo correcto o lo equivocado, lo apropiado o lo inapropiado, y porque tienen actitudes semejantes y comparten una misma reserva de conocimientos sobre el medio —social, biológico y físico— en que viven. La cultura, tal como ha señalado George Murdock, es en gran medida "ideacional": Se refiere a las normas, creencias y actitudes de acuerdo con las cuales actúa la gente.

Como lo ha destacado Ralph Linton, el reconocimiento de la ubicuidad y significado de la cultura es "uno de los avances científicos más importantes de la época moderna". Y continúa así:

Se ha dicho que lo último que descubriría un habitante de las profundidades del mar fuera tal vez, precisamente, el agua. Sólo llegaría a tener conciencia de la existencia de ésta si algún accidente lo llevara a la superficie y lo pusiera en contacto con la atmósfera. El hombre ha tenido, durante casi toda su historia, una conciencia muy vaga de la existencia de la cultura, e incluso dicha conciencia ha dependido de los contrastes que presentaban las costumbres de su propia sociedad en relación a las de alguna otra con la que accidentalmente llegó a ponerse en contacto. La capacidad para ver la cultura de la propia sociedad en general, para valorar sus patrones y apreciar cuanto éstos comprendan, exige cierto grado de objetividad que rara vez se logra.⁵

Debido a que nuestra cultura es en gran medida parte de nosotros mismos, la damos por supuesta, creyendo con frecuencia que es una característica normal, inevitable e inherente a toda la humanidad. (En el capítulo I analizamos ya las implicaciones de este supuesto, conocido como "etnocentrismo", tiene para el estudio de la sociedad y la cultura.) Los antropólogos informan frecuentemente que cuando preguntan a los miembros de pequeños grupos iletrados por qué actúan en cierta forma determinada, reciben una respuesta que equivale a: "es así como se hace" o "es lo acostumbrado". "Cuando el Capitán Cook preguntó a los jefes de Tahiti por qué comían separados y solos, ellos respondían simplemente: "porque es lo correcto".⁶ Acostumbrados a su propio modo

⁵ Ralph Linton, *Cultura y personalidad*. Trad. de Javier Romero, México-Buenos Aires: F. C. E., 1965, p. 130.

⁶ R. R. Marett, *Anthropology*, ed. rev.; Londres: Oxford University Press, 1944, p. 183.

de vida, los hombres no pueden generalmente concebir otro. Entre los norteamericanos, la expresión "así es la naturaleza humana" resulta una explicación característica para muchas acciones: competir por la fama y el poder, buscar ganancias, y casarse por amor o por dinero. Sin embargo, esta "explicación", que al explicar aparentemente todo no explica nada, es ella misma una manifestación del etnocentrismo de los norteamericanos.

La importancia de la cultura radica en el hecho de que proporciona el conocimiento y las técnicas que le permiten sobrevivir a la humanidad, tanto física como socialmente, así como dominar y controlar, hasta donde ello es posible, el mundo que le rodea. El hombre parece poseer pocas habilidades y conocimientos instintivos que le permitan sostenerse a sí mismo, ya sea individualmente o en grupo. El regreso del salmón del mar al agua dulce para reproducirse y morir, la emigración anual de pájaros que van de una parte del mundo a otra, la construcción de nidos hecha por las avispas del fango, las complejas normas de vida de las hormigas y las abejas son todas ellas formas heredadas de conducta que parecen surgir automáticamente en el momento adecuado. No son aprendidas de padres o de otros miembros de la especie. El hombre, en cambio, sólo sobrevive gracias a lo que aprende.

Sin embargo, el hombre no es el único animal que aprende a actuar en vez de responder automáticamente a los estímulos. Los perros pueden ser domesticados en gran medida, aprendiendo de la experiencia, así como los caballos y los gatos, los simios y los monos, las ratas y los ratones blancos. Pero en virtud de su mayor poder cerebral y de su capacidad para el lenguaje, el hombre puede aprender más, y por ello posee una flexibilidad de acción mayor que los otros animales. Puede transmitir mucho de lo que aprende a los otros, incluyendo a su propia cría, y puede controlar en parte al mundo que le rodea, hasta el punto de transformarlo en gran medida. El hombre es el único animal que posee cultura; y ésta es ciertamente una de las distinciones fundamentales entre el hombre y los otros animales.

El hecho de que la cultura es *aprendida y compartida* tiene una importancia fundamental en su definición. Los hombres, hemos dicho, no heredan sus hábitos y creencias, sus capacidades y su conocimiento: las adquieren a lo largo de sus vidas. Lo que ellos aprenden proviene de los grupos en los que han nacido y dentro de los cuales viven. Los hábitos adquiridos por el niño son sin duda regulados de acuerdo con los de su familia o de los de otras personas cercanas. (Sin embargo, no todos los hábitos reflejan las costumbres o la cultura, ya que algunos son meramente parte de la idiosincrasia personal.) Son innumerables las formas —como, por ejemplo, la enseñanza directa, la aplicación de castigos y el otorgamiento de recompensas, la identificación con los mayores y la imitación de su conducta— por las que cada generación aprende de sus predecesoras. La conducta de carácter universal, es decir, no aprendida, o la que es peculiar al individuo, no forma parte de la cultura. (Tanto la conducta no aprendida, como, por ejemplo, los reflejos, y la idiosincrasia personal, pueden, sin embargo, ser influidas o modificadas por la cultura. Con excepción de las peculiaridades biológicas, las aberraciones individuales se definen por su relación con las normas culturales, considerándoseles como desviaciones de ellas.)

El hecho de que la cultura sea aprendida y compartida ha permitido

que en ocasiones se la identifique como lo "superorgánico" o como "una herencia social" del hombre. El primer término, creado por Herbert Spencer, subraya la independencia relativa de la cultura frente al reino de la biología (del cual hablaremos más adelante, en el capítulo III) y su característica distintiva como un producto de la vida social. "La herencia social" enfatiza el carácter histórico de la cultura y, por tanto, las posibilidades de cambio y de desarrollo; este concepto sugiere la necesidad de analizar y de comprender sus dimensiones temporales (de las cuales hablaremos también más adelante, en el capítulo V).

La cultura es obviamente un concepto cuyos elementos componentes deben ser identificados, clasificados, analizados y relacionados el uno con el otro. Estos componentes pueden ser agrupados de un modo general en tres grandes categorías: las instituciones, es decir, aquellas reglas o normas que rigen la conducta; las ideas, esto es, el conocimiento y las creencias de todas clases —teológicas, filosóficas, científicas, tecnológicas, históricas, sociológicas, etc.; y los productos materiales o artefactos que los hombres producen y utilizan a lo largo de sus vidas colectivas.

Las instituciones. Las instituciones han sido definidas como "pautas normativas que definen lo que se considera... adecuado, legítimo, o como expectativas de acción o de relación social".⁷ Tales normas o reglas impregnan todas las campos de la vida social: la manera de comer y lo que se come, la manera de vestirse o arreglarse, las reacciones frente a los otros, la manera de cuidar a los niños o a los ancianos, y la manera de conducirse en presencia de miembros del sexo opuesto. No toda conducta se conforma a las reglas, ya sean explícitas o implícitas, pero la mayoría de las acciones de un individuo reflejan la presencia de algunos patrones vigentes de conducta que ha aprendido de otros, y que comparte en buena medida con ellos.

El concepto de institución, como el de cultura, ha sido definido de varias maneras, y la definición que utilizamos aquí representa solamente una de las diferentes alternativas. Como los otros usos del término aparecen frecuentemente en la bibliografía sociológica, es necesario detenernos brevemente en los diferentes significados del concepto, aunque trataremos de ser congruentes con el que empleamos aquí. Las primeras definiciones, que han sido invariablemente depuradas o clarificadas, incluían no solamente a las pautas normativas, sino también a lo que identificaremos más adelante como grupos y como organización social. A veces encontramos todavía, dentro de la bibliografía sociológica (y frecuentemente en el habla cotidiana), organizaciones de individuos a las cuales se considera como instituciones: Harvard College, por ejemplo, o el Partido Republicano. Este empleo del término coincide con la vieja definición de William Graham Sumner: "Una institución implica un concepto (idea, noción, doctrina, interés) y una estructura. La estructura es una armazón o aparato, o quizá solamente un número determinado de funcionarios destinados a colaborar en una forma predeterminada y de acuerdo con una cierta coyuntura. La estructura implica el concepto y proporciona los instrumentos para llevarla al mundo de los hechos y de la acción, de modo que pueda servir a los intereses de los hombres den-

⁷ Talcott Parsons, *Essays in Sociological Theory Pure and Applied*, Glencoe, Ill. The Free Press, 1949, p. 203.

tro de la sociedad."⁸ Tanto las normas como el grupo están incluidos en esta definición. Hay un acuerdo creciente para considerar que el término debería usarse solamente para referirnos a las pautas de la conducta aprobada o sancionada, dejando los otros términos para denotar los aspectos de organización de tal conducta, así como al grupo de personas participantes.

En vez de limitar la *institución* a determinadas normas o reglas sociales —los Diez Mandamientos, las leyes contra el asesinato o el robo, o las convenciones que rigen el intercambio social cotidiano—, algunos escritores consideran a la institución como un conjunto de normas interrelacionadas, un "sistema normativo" vertebrado en torno a cierto tipo de actividad humana o a algún problema fundamental del hombre en sociedad, tal como, por ejemplo, procurar subsistencia y abrigo, el cuidado de los niños o el mantenimiento del orden y la armonía.⁹ No hay ninguna exactitud inherente a cualquiera de estas amplias definiciones o a la más limitada que empleamos en este libro. Esta última proporciona un término genérico para la variedad de normas que gobiernan la conducta social: uso popular, costumbre, hábito, convención, moda, etiqueta, ley. La definición de *institución* como un "sistema normativo" subraya el hecho, sobre el que más adelante hablaremos ampliamente, de que la multiplicidad de reglas que rigen las acciones de los hombres en sociedad están unidas en una forma más o menos organizada.

Las normas sociales a las que se refiere el término *institución*, tal como ella es definida aquí, han sido divididas a su vez en *folkways* (usos populares) y *mores* (costumbres), conceptos empleados primeramente por el pionero de la sociología norteamericana, William Graham Sumner. Un uso popular es sólo la práctica convencional, aceptada como apropiada pero no obligatoria. La persona que no sigue la regla puede ser considerada como excéntrica o como un terco individualista que se rehusa a ser obligado por las convenciones. El sujeto ocasional que objeta la irracionalidad de los destinos de los hombres, por ejemplo, y se rehusa bajo cualquier circunstancia a usar una corbata, está olvidando uno de nuestros usos populares.

Las costumbres (*mores*) son aquellas normas o instituciones que están fuertemente sancionadas desde el punto de vista moral. Su observancia es exigida de varias maneras, y el no respetarlas acarrea desaprobación moral y con frecuencia una acción positiva. Los ejemplos son fáciles: no matarás, no robarás, amarás a tu padre y a tu madre. Las costumbres son consideradas generalmente como esenciales al bienestar del grupo.

La línea divisoria entre usos populares y costumbres no siempre es fácil de trazar. Hay obviamente una especie de continuidad, que va desde aquellas convenciones o costumbres que son apenas observadas, hasta aquellas otras cuya obligatoriedad es mayor. El problema creado por la existencia de esta continuidad, y sobre todo la necesidad de distinguir entre fenómenos que son más bien continuos que claramente diferenciados, aparece frecuentemente en el análisis sociológico. En el proceso de conceptualización y ordenación de las observaciones pueden trazarse líneas relativamente definidas cuando en la propia realidad social sólo hay graduaciones. A manera de ejemplo, un lugar urbano, de acuerdo

⁸ William Graham Sumner, *Folkways*, Boston: Ginn, 1906, pp. 53-54.

⁹ Véase Kingsley Davis, *Human Society*, Nueva York: Macmillan, 1949, p. 71.

con la definición de la Oficina del Censo de los Estados Unidos, es toda ciudad o pueblo con una población mayor de 2 500 personas. (Esta no es la definición completa, la cual incluye también una referencia a la densidad de la población y a las zonas que se encuentran en torno a las grandes ciudades; pero esta versión simplificada servirá para nuestro ejemplo.) ¿Pero acaso un pueblo con 2 505 habitantes, el cual ha sido definido como urbano, será probablemente muy distinto de aquel otro que sólo tiene 2 495 habitantes y que no ha sido clasificado como urbano? Desgraciadamente, las distinciones que implican diferencias de grado más que de clase son frecuentemente transformadas en divisiones firmes y rígidas. A menos que tengamos presente este peligro, los resultados pueden conducir a falsas dicotomías y a conclusiones espurias.

A pesar de la ausencia de una línea definida que los divida, los conceptos de uso popular (*folkway*) y costumbres (*mores*) poseen un considerable valor heurístico. Enfocan la atención hacia una dimensión o un aspecto importante de las normas sociales: la sanción moral implícita en ellos. Al analizar las instituciones sociales, debe examinarse el alcance que se les da como esenciales al bienestar social. Como corolario, es importante descubrir de acuerdo con qué medios se mantiene la conformidad con las reglas.

Una segunda dimensión de las instituciones proviene de la oposición entre *hábitos* y *leyes*. Los primeros comprenden los "usos establecidos por el tiempo", es decir, aquellas prácticas que han llegado a ser gradualmente aceptadas como formas apropiadas de conducta: las rutinas del trabajo o del ocio, las convenciones del servicio militar, los ritos de la observancia religiosa, la etiqueta que rige las relaciones sociales. Los hábitos son sancionados por la tradición y se apoyan en la presión que ejerce la opinión del grupo. Las leyes, por otra parte, son reglas establecidas por aquellos que ejercen el poder político, y su obligatoriedad se garantiza con el aparato del Estado. Estas leyes pueden o no tener la sanción de la tradición. Son características de las sociedades complejas que tienen sus sistemas políticos bien desarrollados; en las sociedades primitivas, que carecen de instituciones políticas distintivas y fuentes reconocidas de autoridad política, la ley aparece a lo sumo sólo en forma embrionaria. En dichas sociedades primitivas la conducta es regulada principalmente por el hábito, las nuevas reglas surgen más por un proceso gradual que por promulgaciones formales, y la obligatoriedad no depende de ciertas personas que operan a través de una maquinaria gubernamental reconocida.

La distinción entre hábitos y leyes se cruza con la de usos populares y costumbres. Algunos hábitos tienen las sanciones morales características de las costumbres, mientras otros son convenciones aceptadas de una manera más o menos casual. De modo similar, algunas leyes se apoyan en fuertes sentimientos morales —"no matarás"—, mientras que otras pueden carecer virtualmente de cualquier apoyo moral, excepto en lo que se refiere a todos aquellos sentimientos y actitudes que se conforman con el derecho en general. Muchas leyes que regulan la práctica de los negocios caen en esta última categoría.

La línea divisoria entre hábito y ley, como la que distingue los usos populares y las costumbres, no siempre es fácil de trazar, sobre todo en las sociedades más primitivas, donde está apenas desarrollada la estructura política de la que surge el derecho y gracias a la cual se vuelve éste

obligatorio. Aun en sociedades más complejas, como la nuestra, las relaciones entre la ley y el hábito son frecuentemente complejas, y resulta difícil de trazar la distinción que hay entre ellos. Algunas reglas habituales pueden ser incorporadas al derecho, como, por ejemplo, las leyes llamadas *Sunday blue*, cuyo carácter legal ha persistido a veces aun después de haber cambiado los hábitos que dieron lugar a la promulgación legislativa. A la inversa, las reglas políticamente promulgadas pueden eventualmente recibir una sanción tradicional, extra-legal, proceso que se advierte en la historia de los sentimientos y actitudes de los norteamericanos hacia la Constitución. Además, las leyes adquieren a menudo un contenido de práctica habitual que resulta tan obligatoria como si formase parte del derecho; ejemplo de ello, el complejo repertorio de prácticas tradicionales y de convenciones que rigen los actos del Congreso.

Los conceptos de hábito y ley no abarcan todas las formas de las normas sociales. Hay muchas instituciones que no parecen ajustarse a cada categoría, a pesar de su aparente amplitud. Los procedimientos con que operan en las empresas, y las reglas de organizaciones voluntarias como la Liga de Las Mujeres Votantes, la Asociación Nacional de Manufactureros y la Asociación Médica Americana no están, con algunas excepciones, sancionadas por la tradición, ni son impuestas por el Estado.

A pesar de estas dificultades, la distinción conceptual entre ley y hábito subraya las diferencias importantes que hay en los orígenes de las instituciones y en los sistemas por los cuales son ellas obligatorias. Hay instituciones *silvestres*, para usar otro término inventado por Sumner, las cuales, como Topsy, crecen simplemente, y existen aquellas otras que son establecidas y nacen formalmente en un momento determinado. Es obvio que la explicación sobre los orígenes de una institución *silvestre* será distinta de la que se aplique a los orígenes de una institución promulgada, aunque esta última pueda ser dividida a su vez, para los propósitos del análisis, en leyes, por ejemplo, y en aquellas reglas formales decretadas por funcionarios de organizaciones no políticas. Los sistemas de obligatoriedad pueden ser muy informales, reducidos a las exigencias de la tradición y a las opiniones expresadas de un modo más o menos sutil por los otros, o pueden estar limitados a la maquinaria formal del gobierno, o, en diversos grados, combinar ambos mecanismos.

En el análisis de las instituciones, estas categorías no agotan la complejidad o variedad de las normas sociales. Pues las reglas que rigen la conducta incluyen los patrones transitorios de la moda y el estilo, los ritos simbólicos de la observancia religiosa y patriótica, y las ceremonias que señalan ocasiones importantes. Incluyen además las reglas de procedimiento científico no sancionadas por la tradición, ni por actos legislativos, sino sólo por el acuerdo racionalmente fundado de los científicos y por los métodos empíricamente comprobados de la tarea racionalmente económica. (Claro que todas estas normas racionales pueden contener elementos tradicionales o habituales.) No necesitamos investigar aquí estos diversos tipos de instituciones; nos ocuparemos oportunamente de ellos en los capítulos subsecuentes.

Hemos dicho que las instituciones, en sus diversas formas, explican mucho de la regularidad de la conducta que observamos; el hecho de que las acciones de los hombres parezcan iguales, o por lo menos similares, se debe a que poseen patrones aprendidos y compartidos. Esta afirmación, sin embargo, podría sugerir un grado de conformidad que

obviamente no existe. Las normas varían por el grado de conformidad que exigen, dependiendo en alguna medida de la naturaleza de la conducta aprobada o prohibida. No podemos tener algo de asesinos. Por el otro lado, el tiempo que los estudiantes universitarios deberían dedicar a sus estudios puede variar grandemente. Las reglas para hablar, para vestirse y las de etiqueta pueden estar formuladas en términos tan generales que necesariamente variarán dentro de los límites establecidos por la cultura. Ello quiere decir que, en muchos casos, las normas prescriben un nivel de conducta o establecen los límites más allá de los cuales sería impropio o equivocado desviarse.

Aun cuando la institución sea definida con precisión, la conducta real de hombres y mujeres variará probablemente en torno a una norma que puede ir desde un virtual no conformismo hasta una completa aceptación. En muchos colegios y universidades, por ejemplo, puede suponerse que los estudiantes dedican dos horas de estudio por cada hora de clase, o sea alrededor de 30 horas a la semana en un estudiante que tiene 15 horas de clase. Pero puede decirse con certeza que la mayoría de los estudiantes no cumplen con estas previsiones: el tiempo real invertido puede variar desde cero horas, hasta 40, 50 e incluso 60 horas a la semana, con un promedio probablemente menor de 30. En consecuencia, cualquier análisis de las instituciones y de la conducta, así como de las relaciones que se establecen entre ambas, debe tomar en cuenta el hecho de que tanto la definición de las normas sociales como la descripción de la conducta real se refieren con frecuencia a un nivel de conducta que se establece con base en una tendencia central.

Es obvio, por supuesto, que muchas instituciones son frecuentemente ignoradas en la práctica, que los hombres violan los Diez Mandamientos, no dan sus lugares a las mujeres en los transportes públicos y adulteran sus declaraciones de impuestos. Desafían las costumbres sexuales, descuidan las convenciones que rigen el trabajo y el juego, e ignoran los requerimientos de la moda. En su esfuerzo por dar una explicación de la conducta humana, el sociólogo empieza con las muchas reglas que definen formas de acción seleccionadas o preferidas, pero también debe preguntarse por qué son violadas las costumbres, burladas las leyes e ignoradas las convenciones. La conducta que ignora las normas sociales, en la medida en que puede ser clasificada o sometida a una categoría, debe ser explicada. En realidad, el punto de partida de buena parte de la investigación sociológica ha sido el esfuerzo por explicar más las actividades socialmente desviadas —el crimen, la delincuencia, el divorcio, el suicidio—, que la conducta convencional. Aunque esta última también es un importante problema para el análisis social, a menos que estemos dispuestos a presuponer que la conformidad y la convención no requieren explicación.

Las ideas: creencias y valores. El otro gran elemento de la cultura, *las ideas*, abarca un variado y complejo conjunto de fenómenos sociales. Incluye las creencias que los hombres tienen sobre ellos mismos y sobre el mundo social, biológico y físico en el que viven, y también las creencias sobre sus relaciones con sus semejantes, con la sociedad y la naturaleza, y con aquellas otras entidades y fuerzas que suelen descubrir, aceptar o conjurar. Ello abarca la totalidad del vasto conjunto de conocimientos y creencias por el cual los hombres explican sus observaciones y experiencias —folklore, leyenda, proverbios, teología, ciencia, filosofía,

saber práctico—, y el cual toman en cuenta al escoger sus actos alternativos.

Además de las creencias, los hombres también aprenden y comparten los valores de acuerdo con los cuales viven, los patrones e ideales con los cuales definen sus fines, seleccionan sus actos y se juzgan a ellos mismos y a los otros: éxito, racionalidad, honor, valor, patriotismo, lealtad, eficiencia. Estos valores no son reglas específicas para la acción, sino preceptos generales a los cuales rinden los hombres obediencia y sobre los cuales están dispuestos a tener fuertes sentimientos. Representan dichos valores las actitudes comunes de aprobación y desaprobación, los juicios sobre lo bueno o lo malo, lo deseable o lo indeseable, o la apreciación de determinadas personas, cosas, situaciones y acontecimientos.

El término *valor*, sin embargo, se utiliza algunas veces para designar los *objetos* o *situaciones* definidos como buenos, propios, deseables, dignos: para el dinero, las esposas, las joyas, el éxito, el poder, la fama, más que para sentimientos o juicios comunes. Los valores adquieren entonces su carácter gracias a los juicios de los hombres, pero se distinguen de ellos. Es esta distinción la que subraya Robert M. MacIver al diferenciar entre actitudes e intereses, entre las "reacciones *subjetivas*", los estados de conciencia *dentro* del ser humano individual, en relación a *objetos*", y los objetos mismos.¹⁰ Los valores, en tanto cosas a las cuales los hombres asignan importancia, pueden ser entonces creencias o instituciones, así como objetos materiales, que son el tercer componente general de la cultura. Los puntos de vista de los hombres sobre la naturaleza de Dios, del hombre o de la sociedad misma, pueden ser suscritos tan intensamente que lleguen a ser objeto de valor; los hombres pueden tener un interés tan fuerte en su creencia en Dios o en su apego a cierta doctrina científica, como lo tienen en el dinero o en el poder. "Porque un interés por la comprensión, escribe John K. Galbraith, es guardado más celosamente que cualquier otro tesoro."¹¹ De manera similar, las instituciones adquieren valor a los ojos de los hombres, y muchos de los objetos materiales creados por los hombres llegan a ser objeto de aprobación o desaprobación, de deseo o de codicia.

En la medida en que los hombres tienen que tomar decisiones dentro de la vida social, es quizás inevitable que evalúen su propiedad, sus leyes y hábitos, sus ideas y aun ellos mismos y los demás. La observación de los mismos fenómenos desde diferentes perspectivas conceptuales —como instrumentos de producción, reglas que rigen la conducta o creencias que orientan al hombre en la naturaleza y la sociedad, por un lado, y como objetos de valor, por el otro— no es necesariamente una fuente de confusión; es más bien un medio para ampliar nuestra visión e incrementar nuestra comprensión. Ello hace posible un análisis más completo y elaborado que evita las explicaciones simplificadas sobre materias extremadamente complicadas.

La cultura material. El tercer elemento fundamental de la cultura es quizás el más fácil de definir. Consiste de aquellas cosas materiales que los hombres crean y utilizan, y que van desde los primitivos instrumentos del hombre prehistórico hasta la maquinaria más avanzada del

¹⁰ Robert M. MacIver and Charles H. Page, *Society: An Introductory Analysis*, Nueva York: Rinehart, 1949, p. 24.

¹¹ John Kenneth Galbraith, *The Affluent Society*, Boston: Houghton Mifflin, 1958, p. 9.

hombre moderno. Se incluye aquí tanto el hacha de piedra como la computadora electrónica, la canoa de remos de los polinesios y el vapor de lujo, la tienda de los indios y los rascacielos de la ciudad moderna.

Identificar estos objetos materiales como elementos de la cultura, sin hacer referencia a sus concomitantes inmateriales, puede resultar fácilmente engañoso. Cuando nos referimos a tales objetos, tenemos la propensión de dar por supuesto su uso, su valor y los requisitos prácticos o saber teórico que implican. Sin embargo, las máquinas y utensilios obviamente serán inútiles a menos que sus poseedores tengan el conocimiento y la habilidad necesaria para operar con ellos. Los mismos objetos pueden tener distintos usos alternativos. Los anillos, por ejemplo, pueden ser usados en los dedos, en los brazos o en las piernas, o pueden introducirse en los labios, en la nariz o en las orejas; todos estos usos se encuentran entre los pueblos del mundo. Las chozas de los Quonset, tan familiares como las barracas y las oficinas centrales a los veteranos de la segunda Guerra Mundial, han sido usadas subsecuentemente como casas, garajes, depositos, graneros, fábricas, y puestos de salchichas a lo largo de la carretera. En la novela utópica de William Morris, *News from Nowhere*, los edificios del Parlamento son reducidos a depósitos de estiércol.

Los diferentes usos conducen por supuesto a diferentes evaluaciones. Las pinturas pueden ser atesoradas y exhibidas, o bien quedar ocultas en el desván. Los automóviles pueden ser símbolos visibles del nivel social o meros utensilios prácticos que proporcionan transporte. Dos pedazos de madera cruzados pueden ser un símbolo religioso o bien combustible que debe quemarse para producir calor. Para describir completamente a los objetos culturales es necesario, por tanto, conocer sus usos, las actitudes hacia ellos y los valores que se les asigna, así como el conjunto de conocimientos y habilidades que implican.

En esta descripción de los componentes de la cultura ha sido necesario referirnos varias veces a las complejas relaciones que existen entre los diversos elementos que componen el todo. Dichas relaciones constituyen un enfoque importante del análisis sociológico. Este enfoque puede permanecer en el nivel de la cultura en general, o, con mayor frecuencia, puede ser dirigido hacia la cultura, el conjunto o sistema de instituciones, valores, creencias y objetos pertenecientes a un grupo particular de personas. Así, podemos considerar separadamente a la cultura americana, la cultura de la India o la de los isleños del Pacífico Occidental, o a la de las muchas tribus, pueblos y naciones del mundo. De hecho, es solamente mediante la comparación de estas culturas específicas que podemos eventualmente ampliar nuestra comprensión de la cultura en general.

La sociedad

Al identificar la cultura como algo que pertenece a un grupo determinado de personas, hemos desembocado en el segundo concepto básico de la sociología: la sociedad. A pesar de su importancia, no hay un claro acuerdo sobre el significado del término, incluso entre los científicos sociales o, con mayor particularidad, los sociólogos, algunos de los cuales han designado a su disciplina como la "ciencia de la sociedad". "En la larga historia de la literatura que se ocupa de la vida de los seres hu-

manos reunidos en grupo —ha comentado Gladys Bryson—, quizá ninguna palabra tenga menos precisión en el uso que el término *sociedad*."¹² No podemos, por tanto, sugerir una definición que fuese aceptada por todos o casi todos los sociólogos. Ni ganaríamos nada agregando una más al conjunto ya imponente de alternativas. En vez de ello, podemos llevar adelante nuestro análisis explorando los diversos significados que han sido atribuidos al término, y examinando brevemente los diversos usos que se le dan. Como señalamos antes, las diferencias conceptuales significan con frecuencia que la gente observa o subraya diferentes aspectos del mismo fenómeno.

En su uso más general, la sociedad se refiere meramente al hecho básico de la asociación humana. Por ejemplo, el término ha sido empleado, "en el más amplio sentido, para incluir toda clase y grado de relaciones en que entran los hombres, sean ellas organizadas o desorganizadas, directas o indirectas, conscientes o inconscientes, de colaboración o de antagonismo. Ella incluye todo el tejido de las relaciones humanas y no tiene límites o fronteras definidas. De una estructura amorfa en sí misma, surgen de ella sociedades numerosas, específicas, traslapadas e interconectadas, aunque todas ellas no agotan el concepto de sociedad".¹³ Esta concepción de la sociedad, que parece a veces abarcar a toda la humanidad, sirve principalmente para enfocar nuestra atención sobre una amplia gama de fenómenos centrales para el análisis de la conducta humana, principalmente las variadas y multiformes relaciones en que entran necesariamente los hombres durante el curso de su vida común.

El concepto de *relación social* se basa en el hecho de que la conducta humana está orientada en numerosas formas hacia otras personas. No sólo viven juntos los hombres y comparten opiniones, valores, creencias y hábitos comunes, sino también entran constantemente en interacción, respondiendo uno frente al otro y ajustando su conducta en relación a la conducta y a las expectativas de los otros. El esfuerzo del amante por complacer al objeto de sus afecciones, los intentos del político para ganar el apoyo del electorado, la obediencia del soldado a las órdenes de sus oficiales, constituyen todas ejemplos familiares de conducta orientada hacia las expectativas y deseos, reales o imaginarios, de los otros. La acción puede estar modelada de acuerdo con la de otra persona: el niño imita a su padre, el joven a su estrella de cine favorita. La conducta puede estar calculada para provocar respuestas, como en el esfuerzo que hace el niño para obtener la aprobación de sus padres, o el intento del actor para conmover a su auditorio. Puede estar basada en expectativas relativas a la conducta de los otros, como, por ejemplo, la finta del boxeador antes de lanzar un golpe o la técnica que emplea el médico para informar al paciente de su diagnóstico. La interacción, por tanto, no es unilateral, como lo revelan estos ejemplos. El electorado responde de alguna manera a los actos del político, y éste puede alterar sus métodos o persistir en su estrategia, con consecuencias posteriores en las actitudes y la conducta de los votantes. La conducta del oficial estará afectada por la manera como sus hombres obedecen las órdenes. El cortejo no es solamente una situación de cazador y presa; cambiando la metáfora, diríamos que dos pueden jugar el juego tanto como uno solo.

¹² Gladys Bryson, *Man and Society*, Princeton: Princeton University Press, 1945.

¹³ Jay Rummey and Joseph Maier, *Sociology: The Science of Society* (Nueva York: Schuman, 1953), p. 74.

La interacción, como lo sugiere la palabra misma, no es una ocurrencia momentánea, ni una respuesta aislada a un estímulo aislado; es un proceso persistente de acción y reacción.

Puede decirse que una relación social existe cuando individuos o grupos poseen expectativas recíprocas concernientes a la conducta de los otros, de modo que tienden a actuar en forma relativamente reguladas. Para decirlo en forma distinta, una relación social consiste en una norma de interacción humana. Los padres y los hijos se responden recíprocamente en formas más o menos regulares, basadas sobre expectativas mutuas. Las interacciones reguladas de los estudiantes y profesores, del policía y del conductor de automóvil, del vendedor y del comprador, del trabajador y del patrono, del médico y del paciente, constituyen relaciones sociales de varias clases. Desde un punto de vista, la sociedad es, pues, el "tramado de las relaciones sociales".

La sociedad como grupo. La sociedad, considerada como el "tejido total" o "el complejo esquema total" de las relaciones sociales, puede distinguirse de aquellas determinadas sociedades en las que se agrupan los hombres. Es frecuente, sin embargo, que en algunas definiciones de la sociedad se acentúe más el papel de las personas que la estructura de las relaciones. Georg Simmel, uno de los fundadores de la sociología, consideraba una sociedad como "un cierto número de individuos unidos por la interacción",¹⁴ mientras que el antropólogo Ralph Linton identificaba una sociedad como "todo grupo de gentes que han vivido y trabajado juntos durante el tiempo suficiente para organizarse y considerarse como una unidad social, con límites bien definidos".¹⁵ Esta concepción de la sociedad, aunque sea valiosa en la medida en que enfoca la atención hacia la red de relaciones que mantiene unidos a ciertos agregados humanos, es demasiado general para ser útil. Definida así, la sociedad podría incluir cualquier multiplicidad de grupos que encontramos entre los hombres. Podría referirse a la "Sociedad", o sea los miembros de la clase alta cuyos actos son registrados en las "páginas sociales" de los periódicos. Podría abarcar organizaciones de muchas clases: la Sociedad de Amigos, la Sociedad para el Progreso de la Administración, la Sociedad Etnológica Americana, así como los numerosos clubes, logias, fraternidades, asociaciones criminales y organizaciones profesionales. Se incluiría también a las familias, a los grupos de parentesco y a los círculos de amigos. Aunque algunos escritores utilizan el término "sociedad" para referirse a cualquier clase de grupo, el concepto designa usualmente una categoría especial de unidad social.

La sociedad, pues, es más un grupo dentro del cual pueden vivir los hombres una completa vida común, que una organización limitada a algún propósito o propósitos específicos. Desde este punto de vista, una sociedad consiste no solamente de individuos vinculados los unos a los otros, sino también de grupos interconectados y superpuestos. La sociedad norteamericana, por ejemplo, consta de 178 millones o más de personas (en 1960), vinculadas dentro de un complejo tejido de relaciones; de aproximadamente 43 millones de familias (que crecen anualmente en más de medio millón de unidades); de la multiplicidad de comuni-

¹⁴ Georg Simmel, *Sociology*. Trad. Kurt H. Wolff, Glencoe, Ill.: The Free Press, 1950, p. 10.

¹⁵ Ralph Linton, *Estudio del hombre*, Trad. de D. F. Rubín de la Borbolla, México-Buenos Aires: F. C. E., 8ª ed., 1963, p. 102.

dades urbanas y rurales, sectas y denominaciones religiosas, partidos políticos, razas y grupos étnicos, clases económicas y sociales, sindicatos, organizaciones de empresarios y de veteranos, y de la infinita variedad de otras organizaciones voluntarias en que se divide la población. Por otro lado, una sociedad primitiva, como la de las Islas Andaman, al occidente de Birmania, consistía, antes de la llegada de los europeos, de una pequeña población organizada básicamente en tribus, grupos locales y familias. La sociedad de la India incluye los distintos grupos religiosos, las innumerables castas y los "descastados", las distintas razas, tribus, agregados y organizaciones económicas y políticas, etcétera. En cualquier sociedad, grupos pequeños pueden encontrarse dentro de los más grandes, y los individuos pueden pertenecer simultáneamente a varios grupos. Cada sociedad puede, pues, ser analizada en términos de sus grupos constitutivos y de sus relaciones recíprocas.

La Sociedad como conjunto de Instituciones. Una sociedad, ya sea definida como el "tramado de relaciones sociales" o como un grupo que lo abarca todo, posee una forma de vida o, en nuestra terminología, una cultura. Los patrones de interacción y de relación social se definen por las normas que rigen la conducta y son afectados por los valores y creencias que comparten los miembros de la sociedad. Este hecho es tan importante, que la sociedad misma ha sido en ocasiones definida simplemente como el sistema de instituciones que gobiernan la conducta y proporcionan el marco de la vida social. Dentro de esta concepción, la sociedad deberá ser descrita en términos de sus principales instituciones: familiares, religiosas, económicas, políticas, educacionales, etcétera.

Sin embargo, reducir la sociedad a una estructura de instituciones significa acentuar más el aspecto cultura, desviando la atención de la estructura de las relaciones sociales. Ambos elementos, no obstante, son esenciales para el análisis sociológico.

Papel y status

El eslabón entre la *sociedad* —considerada como el tejido de relaciones que hay entre individuos que participan como miembros de un complejo conjunto de grupos sociales dentro de un todo más amplio—, y la *cultura*, especialmente en sus aspectos institucionales, lo proporcionan los conceptos de *papel* y *status*. Estos conceptos, que han ganado gran importancia teórica en los años recientes, proporcionan puntos de enfoque para el análisis de las instituciones y, simultáneamente, constituyen elementos básicos en el análisis de los grupos. Además, son de gran valor para establecer las relaciones entre el individuo, su cultura y su sociedad. (Hablaemos más ampliamente de este problema en el capítulo IV.)

Los conceptos de *papel* y *status* derivan de algunas observaciones básicas sobre la naturaleza de las instituciones. Cuando consideramos la variedad de las normas sociales, o patrones de conducta, es obvio que sólo algunas de ellas tienen aplicación universal para toda la gente. Algunas de estas normas se aplican sólo a grupos limitados, mientras que otras sólo a una persona. Algunas se aplican en el determinado contexto en el que se encuentra un individuo, en tanto que otras se aplican en diferentes contextos. Encontramos un buen ejemplo de todo esto

en uno de nuestros principios morales básicos y supuestamente universales: no matarás. La persona que asesina es culpable del más grave delito dentro de todo el catálogo criminal. Si se le arresta, puede ser sometido a la pena máxima, o, por lo menos, a la máxima pena posible; Pero esta regla no se aplica a ciertas personas que se encuentran en circunstancias específicas. El policía que cumple con su deber, el verdugo que lleva a cabo la sentencia de un tribunal legalmente constituido, el soldado en batalla, incluso a veces el marido engañado, todos ellos pueden matar a otra persona o personas sin ser objeto de crítica o sanción. No definimos tales homicidios como asesinatos; nuestras distinciones verbales revelan nuestros valores sociales. El hecho central en estos ejemplos es que la regla no se aplica a las personas que ocupan determinadas *posiciones* dentro de la sociedad. Los términos usados en nuestros ejemplos —policía, verdugo, soldado, marido— se refieren a tales posiciones, o, en término sociológico, *status*. Cada uno de estos *status* supone un repertorio de reglas o normas que prescriben, a la persona que lo ocupa, cómo deberá o no actuar bajo determinadas circunstancias. Llamamos *papel* a este conjunto de normas. *Status* y papel son, pues, dos lados de una misma moneda. El *status* es una posición socialmente identificada; el papel es el patrón de conducta aplicable a las personas que ocupan un *status* particular.

El concepto de papel no es, por supuesto, nuevo, como lo muestran las siguientes líneas de Shakespeare:

*Todo el mundo es un escenario,
y todos los hombres y mujeres meros actores:
tienen ellos sus salidas y sus entradas;
y un hombre en su época juega muchas partes,
siendo sus actos de siete edades.*

Estas edades, o, para usar nuestro vocabulario moderno y menos poético, papeles, incluían al niño, al escolar, al amante, al soldado, al "juez", al "payaso", y, finalmente, a la "segunda niñez". Sin embargo, el viejo linaje de la idea de papel social no significa necesariamente que el concepto haya sido usado sistemáticamente en el pasado. Frecuentemente encontraremos que algunos conceptos pueden estar ya esbozados en las fuentes bíblicas o clásicas, así como en los escritos de filósofos, poetas o novelistas. Nuestras anteriores citas de Aristóteles y de Adam Ferguson muestran que muchas ideas básicas han sido ya sugeridas desde hace mucho tiempo, un hecho que algunas veces ha dado lugar al argumento de que la sociología no ofrece frecuentemente sino un conocimiento familiar con una nueva envoltura. Lo que es nuevo en el concepto de papel, o en el de muchos otros conceptos modernos que implican viejas ideas, es el intento de organizar sistemáticamente al conocimiento, comprobar las ideas frente a una acumulación de evidencias y aumentar el conocimiento mediante la superación de las percepciones originales. La teoría atómica de la materia, como ha sido señalado, fue probablemente formulada por primera vez en el pensamiento de Demócrito; pero los antiguos griegos no tenían una ciencia física que les permitiese dividir el átomo. La ciencia no consiste sólo de observaciones acertadas y penetrantes (como se considera algunas veces a las ciencias sociales), sino de un desarrollo ordenado y acumulativo de conocimientos. La ciencia

asegura la integración de los conocimientos de tal manera que éstos no son ya meras y fortuitas percepciones de hombres clarividentes, a veces erróneas y a veces sólo verdaderas a medias, sino que llegan a constituir un saber científico firmemente establecido y asequible a todos.

A pesar de todo, podemos utilizar la imagen teatral de Shakespeare para desarrollar y explicar los conceptos de papel y *status*. El papel teatral desempeñado por los "actores" existe independientemente de los individuos, los cuales deben aprender sus partes y adquirir los gestos y maneras apropiados. Los papeles sociales son también aprendidos a medida que los hombres y las mujeres adquieren la cultura de su grupo, aunque los papeles pueden llegar a ser una parte tan esencial a la personalidad individual, que son desempeñados sin que se tenga conciencia de su carácter social. (Es interesante notar que los actores profesionales han discutido desde hace mucho tiempo el esfuerzo que tienen que realizar para "vivir" sus partes con objeto de realizarlas bien.)¹⁶ Los papeles no son la gente; son las partes desempeñadas en el escenario social, y pueden ser analizadas separadamente en la misma forma en que el drama puede ser considerado independientemente de la realización y de los realizadores.

Los elementos de un papel social son al mismo tiempo obvios y sutiles. Sabemos, por ejemplo, lo que se supone debe hacer un profesor en su papel profesional: transmitir a sus estudiantes algún tipo de información o saber, y seguir métodos más o menos aceptables y comprensibles. Pero en algunas comunidades se espera también que un profesor no fume ni tome licor, y que las profesoras no vistan ropa ligera en público. En un estudio sobre los papeles sexuales de un colegio de mujeres se encontró que muchas de ellas "jugaban al tonto", daban escasa importancia a sus realizaciones intelectuales y se sometían a la autoridad y a la dirección masculina durante sus entrevistas, porque tenían la impresión de que esto era lo que los hombres esperaban de ellas.¹⁷ En una investigación sobre las directivas locales, llevada a cabo en el Sindicato de Trabajadores Automovilísticos, se descubrió que los funcionarios sindicales no debían dar evidencia de tener ambiciones personales. "Lo peor que puede decirse de un líder sindical es que es un 'oportunist' o un 'ambicioso'."¹⁸ Como lo sugieren estos ejemplos, muchos rasgos de un papel social están solamente implícitos. Como actores sociales, los hombres llegan a tener conciencia de algunas de las reglas que rigen su conducta solamente cuando otros los desprecian o cuando se trata de ignorar o violar dichas reglas. Una tarea importante de la sociología es descubrir no solamente las normas evidentes y explícitas que definen y regulan las acciones de los hombres, sino también aquellas que permanecen por lo general ocultas por debajo de la superficie.

Puede decirse que los hombres realizan o desempeñan papeles sociales, y que ocupan o llenan *status*. El *status* es una especie de título de identificación social que coloca a las personas en relación con las otras,

¹⁶ Véase, por ejemplo, las selecciones tomadas de William Archer, Constant Coquelin y Konstantin Stanislavsky, en Toby Cole y Helen Krich Chinoy (eds.), *Actors on Acting*, Nueva York: Crown, 1949.

¹⁷ Mirra Komarovsky, "Cultural Contradictions and Sex Roles", *American Journal of Sociology*, LII, noviembre de 1946, 184-89.

¹⁸ Ely Chinoy, "Local Union Leadership", en Alvin W. Gouldner (ed.), *Studies in Leadership*, Nueva York: Harper, 1950, p. 168.

y que implica también alguna clase de papel. Cada hombre ocupa diversos *status* y desempeña diferentes papeles. Un hombre es esposo, soltero o viudo; es directivo de empresa, trabajador de fábrica o profesional; es también católico, protestante o judío. Es un líder de la comunidad o un ciudadano ordinario, un fanático del beisbol, un ávido pescador y un fotógrafo aficionado. Cada una de estas identificaciones constituye un *status* y lleva consigo expectativas de conducta, ya sean definidas éstas con precisión o con vaguedad, o bien obligatorias de un modo rígido o con elasticidad.

Por tanto, la conducta de una persona depende en gran parte de la posición particular en la que se encuentre y de las expectativas de papeles que ella suponga. Por ejemplo, se supone que un profesor debe soslayar el sexo de sus estudiantes al calificar o evaluar su trabajo académico. (Los matrimonios ocasionales entre estudiantes y profesores indican que algunas veces el profesor no ha cumplido con ese requisito de ignorar el sexo, por lo menos en el caso de uno de sus estudiantes, o, más probablemente, que el profesor y la alumna se han encontrado en algún lugar fuera del salón de clase, donde podían soslayar sus papeles académicos y actuar como hombre y mujer, aunque estos papeles son también papeles socialmente definidos y no sólo pautas de conducta de carácter meramente biológico.) El avaro hombre de negocios que es muy generoso en sus actos de caridad y el rudo chantajista que trata con amor y afecto a su esposa, sus hijos o su madre, no son necesariamente ejemplos de hipocresía o de personalidad desdoblada, cosa que tampoco ocurre con el guerrero indio que protege cuidadosamente a sus seres amados, desprendiendo con placer la cabellera de sus enemigos. Todos ellos están actuando en diferentes momentos, de acuerdo con las formas apropiadas al particular *status* que ocupan y según el papel que desempeñan. Cuando un hombre rehusa aumentar los salarios de sus empleados o manobra cruelmente para arruinar a su competidor, e incluso trata de arrojarlo de los negocios, está actuando como un hombre de negocios; al responder a una petición de carácter caritativo, actuará como un miembro influyente y respetado de la comunidad local. El chantajista puede desprenderse de su papel de "negocios" cuando llega a su casa por las noches.

Como podrían sugerirlo nuestros ejemplos, los papeles y *status* tienen varios fundamentos. Algunos hechos biológicos sirven de base para diferenciar ciertos papeles y *status*. En toda sociedad, los diferentes papeles dependen de hechos como la edad y el sexo. Distinguimos, por ejemplo, al bebé, al niño, al adolescente y a los adultos de diferentes variedades: jóvenes adultos, hombres de mediana edad, los viejos. En toda sociedad, los hombres y mujeres ocupan distintas posiciones y se espera que actúen de un modo diferente, variando incluso en carácter y en personalidad, aunque las sociedades difieren ampliamente en sus definiciones de los papeles sexuales. Otros rasgos biológicos son a veces, aunque no de un modo universal, elementos que sirven de base para distintos *status* y papeles. En la sociedad occidental, como lo ha mostrado con algún detalle Talcott Parsons, los enfermos ocupan una posición definida que permite, estimula e incluso exige ciertos tipos de conducta.¹⁹

Pero la mayoría de los papeles y *status* surgen del proceso mismo de la vida colectiva. Hay siempre alguna división económica del trabajo que determina la diferenciación de las posiciones y deberes. En la medida en que los hombres tienen que vérselas con problemas para mantener el orden y la armonía dentro de la sociedad, pueden desarrollar distintos papeles y *status* de carácter político: congresistas, policías militares, comisarios, mayores, presidentes de partido, jefes electorales, jueces. Las prácticas y creencias religiosas proporcionan otras bases para la diferenciación social: cura, fraile, monja, obispo, ministro, diácono, rabino. A medida que las sociedades se hacen más grandes y complejas, aparecen nuevas posiciones y nuevas expectativas de conducta: estrella de cine, agente de pruebas, profesor de enfermería, propagandista, físico-atómico, "extra" de cine o de teatro, *beatniks*, *tumblers* (animadores sociales en los lugares de descanso de Catskill Mountain —"un *jongleur* versátil que actúa frenéticamente en torno al reloj y se contorsiona con rapidez durante los días de lluvia para que no se aburran los huéspedes"),²⁰ y muchísimas otras.

Entre los varios *status* que los hombres pueden llegar a ocupar, debemos distinguir aquellos que son *atribuidos* y los que son *adquiridos*. Un *status* atribuido deriva de los atributos sobre los cuales no tiene control una persona —edad, sexo o color, por ejemplo—, o de su pertenencia a un grupo que le ha sido asignado por los demás: familia, religión, nacionalidad. Sobre la base de un *status* atribuido, se espera que dicha persona desempeñe ciertos papeles. Un *status* adquirido está determinado por alguna acción directa o positiva: uno debe casarse para llegar a ser esposo o esposa; debe asegurarse una mayoría decisiva de votos para ser un parlamentario; o debe graduarse en una escuela de medicina para poder ser médico. La atribución limita el acceso a ciertas posiciones de *status*: un hombre no puede llegar a ser una mujer; un irlandés de Boston no puede ser un Lowell o un Cabot; una popular vendedora de flores probablemente no llegará a ser miembro de la clase media o de la aristocracia inglesa, a menos que tenga la fortuna de ser tutorada por Henry Higgins. En la medida en que el número de personas que puede encontrarse en un particular *status* es restringido —sólo un número limitado de estudiantes son admitidos a las escuelas de medicina; sólo una persona puede ser Presidente; no todo mundo puede llegar a las altas esferas de la industria—, los ocupantes potenciales deben competir, demostrando de algún modo su habilidad para realizar el papel importante que deriva de ese *status*.

La importancia de los papeles sociales radica no sólo en el grado en que regulan la conducta, sino también en el hecho de que permiten a los hombres predecir los actos de los demás, y determinar, por tanto, sus propios actos de acuerdo con aquellos. En consecuencia, las relaciones sociales existen entre los papeles desempeñados por los miembros de una sociedad. Estas relaciones no están sólo definidas indirectamente por las normas que exigen formas específicas de conducta, sino también por prescripciones institucionales generalizadas que indican lo que se espera que hagan recíprocamente quienes se encuentran en *status* definidos. Los jueces no pueden dar preferencia a un litigante en el tribunal por razón de su edad, sexo, religión, riqueza o color (a menos

¹⁹ Talcott Parsons, *The Social System*, Glencoe, Ill.: The Free Press, 1951, pp. 439-47.

²⁰ Para una divertida caracterización de los *tumblers*, véase David Boroff, "The Catskills: Still Having Wonderful Time", *Harper's Magazine*, julio de 1958, pp. 56-63.

que tal preferencia esté legalmente definida). Se espera que los niños sigan las reglas de sus padres en lo que se refiere a la hora en que deben acostarse, si pueden o no salir a jugar, y en lo que toca a su comida. Los hombres deben quitarse el sombrero para saludar a las mujeres, darles la acera cuando las acompañan y levantarse cuando una dama entra en el salón.

La organización social: resumen

El complejo conjunto de papeles y *status* que define la conducta de los individuos, y las relaciones que hay entre ellos constituyen lo que los sociólogos llaman la organización o la estructura social. (El término *estructura social* ha sido empleado ocasionalmente para referirse a cualquier conducta regulada por normas. Este uso del término subraya el elemento de norma contenido en el concepto de *estructura*, pero nosotros haremos hincapié en el elemento de relaciones entre las partes, implícito en la palabra.) Un grupo social se compone de un número de personas cuyas relaciones están basadas en un conjunto de papeles y *status* interrelacionados. Dichas personas se relacionan unas con otras en una forma más o menos estandarizada, determinada en gran parte por las normas y los patrones aceptados por los miembros. Esas mismas personas están unidas, en mayor o menor medida, por un sentido de identificación común o por una similitud de intereses que les permite diferenciar a los miembros de los que no lo son.

Los conceptos de organización social y de grupo social definen una perspectiva central de la investigación sociológica. En su significado más amplio, dichos conceptos constituyen la sociedad, definida como "la matriz de las relaciones sociales dentro de la cual se desarrollan otras formas de la vida de grupo", o como el grupo más amplio dentro del cual los hombres comparten toda su vida. Pero estos conceptos pueden también ser aplicados a los diversos tipos de vida de grupo que se dan entre los hombres, como familias, tribus, clanes, grupos étnicos, iglesias, sindicatos, corporaciones, partidos políticos, grupos de vecinos, grupos de edad y de sexo, etcétera.

Paralela a esta perspectiva está la que proporcionan el concepto de cultura y sus elementos componentes. Los patrones normativos, los valores y creencias comunes, las habilidades técnicas y los implementos prácticos surgen todos del proceso de la interacción social, de la experiencia de la vida social. A su vez, ellos mismos condicionan el carácter de las relaciones sociales y la matriz de la vida social. Por tanto, ningún análisis sociológico de la conducta puede ignorar cualquiera de estas dos perspectivas. Aunque distintas conceptual o analíticamente, ambas se refieren a una realidad total que sólo puede ser dividida mentalmente. Por analizada y disecada que sea, la vida social mantiene una unidad a cuya comprensión trata de contribuir parcialmente la sociología.

III. DIVERSIDAD Y UNIFORMIDAD EN LA SOCIEDAD HUMANA

La variedad de las formas sociales

TANTO la cultura como la organización social revisten una variedad casi infinita de formas, hecho que formula muchas cuestiones y sugiere numerosas hipótesis de gran importancia en la investigación sociológica. En una época en que el mundo está unido diariamente gracias a los medios modernos de transporte y de comunicación, la gran variedad de costumbres, creencias, hábitos y formas de organización social que hay en la sociedad humana apenas necesitaría una documentación elaborada.

El velo utilizado por las mujeres musulmanas, las extrañas costumbres de los esquimales, el amor en los mares del sur, las medidas económicas y políticas implantadas por los comunistas, todos estos y otros muchos ejemplos de tradiciones, prácticas y estructuras sociales que difieren de las nuestras nos son constantemente informados por la prensa, la radio y la televisión, y, para los más cultos, descritos en libros que son fácilmente asequibles. Además, es tan fuerte la actual tendencia a confrontar todas las otras costumbres con las nuestras, que la extensión y las formas de la diversidad requieren ser, pues, constantemente subrayadas.

La gama completa de las variaciones culturales y sociales puede encontrarse en la vasta bibliografía de estudios antropológicos, en los informes de viajeros y periodistas perspicaces, y en los relatos del pasado que nos ofrecen los historiadores. Estaríamos tentados a escoger ejemplos de todas clases, desde los más triviales o exóticos, pasando por los comunes y familiares, hasta los más insólitos y extraños, para demostrar cuán ampliamente puede variar la conducta humana, e, incidentalmente, estimular al lector a desarrollar y mantener un criterio objetivo cuando examina su sociedad y su cultura. Porque los ejemplos insólitos que otros toman como normal o convencional, pueden conducirnos a observar con nuevos ojos aquellas costumbres que siempre hemos considerado como debidamente establecidas.

Los habitantes de las Islas Andaman, en la Bahía de Bengala, no silban de noche porque creen que esto atrae a los espíritus; entre los norteamericanos se supone que el silbido es una forma de mantener la calma cuando se pasa por un cementerio durante la noche. Entre los indios comanches, los hermanos pueden, bajo ciertas circunstancias, prestarse mutuamente las esposas para propósitos sexuales, y ciertos grupos de esquimales se caracterizan por el hecho de ofrecer sus esposas a los visitantes para que pasen la noche con ellas, práctica que los norteamericanos y muchos otros considerarían como algo sumamente inmoral. Los hindúes se rehusan a comer carne de vaca y los musulmanes tienen prohibido comer carne de puerco, mientras que los cristianos, excepto en un pequeño grupo de vegetarianos, disfrutan de ambas. En la Europa Occidental y en los Estados Unidos, las mujeres usan los cabellos largos, mientras los hombres cortan su pelo; entre los polinesios de Tikopia, ocurre precisamente lo contrario. Los americanos se estrechan las manos al saludarse, mientras los polinesios se frotan las narices.

Conclusión

La biología, la geografía y el clima no tienen, pues, ninguna significación independiente en cualquier explicación sobre la forma y el contenido de la cultura y la organización social. Desde muchos puntos de vista, son elementos importantes, tanto social como culturalmente, en la medida en que se trata de condiciones necesarias, circunstancias que imponen límites, formulan problemas, proveen oportunidades. Pero el enfoque central de cualquier análisis sobre las diferencias y uniformidades que encontramos al comparar o examinar las normas culturales y las estructuras sociales, debe permanecer en un nivel claramente sociológico. Como decía el distinguido sociólogo francés, Émile Durkheim, "Debemos... buscar la explicación de la vida social en la naturaleza de la propia sociedad."¹⁷ La sociología, como hemos dicho, no puede ser reducida a la biología, ni trasladada a la geografía o a la meteorología. Ella contiene una variedad de teorías, pero todas éstas tienen como común denominador la premisa de que la sociología posee un objeto de estudio específico y puntos de vista que son independientes de las teorías y perspectivas de otras disciplinas.

Queda, sin embargo, un problema final del que debemos ocuparnos antes de aceptar esta premisa como la base de todos nuestros análisis y discusiones subsecuentes. ¿Es posible que la sociedad y la cultura sean meras proyecciones del individuo? ¿Nos permitirá el conocimiento de la psicología explicar los fenómenos sociales? Por lo dicho hasta ahora, es claro que la sociología no puede reducirse a la psicología, pero es necesario examinar el problema y considerar la relación entre el individuo y la sociedad. Nos ocuparemos de esta cuestión en el capítulo IV.

IV. CULTURA, SOCIEDAD E INDIVIDUO

Sociología e individuo: el problema

LA VIDA humana, decíamos, es vida social. El individuo aislado es una ficción filosófica (el "buen salvaje" de Rousseau o el hombre pro-social de Hobbes en constante lucha contra los demás seres humanos) o un accidente trágico, como en el caso del hombre salvaje. Los hombres no se aíslan para buscar separados una solución al problema de supervivencia. Viven juntos y participan de una misma vida común (una cultura) que regula su existencia colectiva y les ofrece métodos para adaptarse al mundo circundante y para controlar y manejar, dentro de ciertos límites, las fuerzas naturales.

Al considerar la experiencia humana desde un punto de vista sociológico, subrayando los aspectos colectivos de la vida social y los patrones de conducta establecidos y compartidos, parece que descuidamos al individuo. Los sociólogos estudian la sociedad y la cultura, las normas y las relaciones sociales, las creencias colectivas y los valores generales, la estructura social y la conducta, como entidades diferentes a los individuos que se desvían o se ajustan a las normas sociales, que se adhieren a las creencias y valores que predominan en su grupo, y que participan en las relaciones que integran las estructuras sociales. Sin embargo, sociedad y cultura, como todos los demás términos abstractos que utilizamos, no viven, ni se comportan, ni responden, ni se adaptan, ni se ajustan a nada, como no sea únicamente en sentido metafórico. Hay que recordar que la *sociedad* está formada de individuos que se relacionan entre sí y como miembros de distintos grupos. La *cultura* abstracta se concreta sólo en las mentes y acciones de las personas individuales. Este postulado no significa que critiquemos esos conceptos, pues, como indicábamos más arriba, es precisamente el proceso de abstracción y de análisis, y la utilización de las ideas que de él resultan, lo que constituye el meollo de la ciencia social y de cualquier otra ciencia.

Puesto que el carácter abstracto del análisis sociológico parece contrastar tajantemente con el aspecto concreto de la persona individual (aunque en este caso podemos afirmar que la psicología también utiliza abstracciones: el yo, la actitud, el impulso, la represión, el estímulo, etc.), es necesario considerar la relación entre sociedad e individuo, entre cultura y personalidad. Esta discusión será forzosamente parcial porque la aclaración fundamental se realizará cuando analicemos posteriormente sociedad y cultura.

Podemos aceptar, en parte, este procedimiento que ignora a los individuos y las diferencias que existen entre ellos, debido a que la sociedad y la cultura no dependen de ninguna persona específica, en cuyas actitudes y acciones encuentren su expresión; con todo, estos factores pueden cambiar durante la vida del individuo o alterarse por su esfuerzo, y están presentes cuando aparece y persisten cuando desaparece. Linton afirma:

Aunque desagrada a los vanidosos, hay muy pocos individuos que sean

¹⁷ Émile Durkheim, *The Rules of Sociological Method*, trad. de Sarah A. Solovan and John H. Mueller, Chicago: University of Chicago Press, 1938, p. 102.

algo más que simples incidentes en la historia de la vida de las sociedades a que pertenecen. Desde hace mucho nuestra especie alcanzó aquel punto en que los grupos organizados, y no sus miembros aislados, llegaron a ser las unidades funcionales en la lucha por la existencia.¹

El individuo como producto social

A grandes rasgos, el individuo puede considerarse como un producto de su sociedad y su cultura. Al nacer, el niño recibe como herencia algunos patrones fijos de conducta, y, en primer término, las respuestas automáticas conocidas como reflejos: agarrar, chupar, parpadear, reflejo rotular, etc.; posee un aparato físico más o menos determinado y puede crecer y madurar. Es capaz de aprender y este hecho es distintivo del organismo humano; tiene impulsos y necesidades —hambre y alimento, sed y bebida, libido (para utilizar la terminología freudiana) y satisfacción sexual, así como todas las potencialidades de respuestas emocionales: enojo, temor, amor, odio. Pero los rasgos genéticos y las potencialidades individuales sólo se desarrollan y adquieren forma dentro de una experiencia en el ámbito social. Lo que se come, cuándo y cómo, si se emplea leche de cabra, de vaca, agua de coco, o vino para saciar la sed, con quién se asegura la satisfacción sexual y los objetos y naturaleza de las respuestas emocionales, depende de la cultura y de la estructura de la sociedad.

El organismo humano en bruto, el material biológico, se transforma en una persona social capaz de participar en la vida de su sociedad sólo mediante la experiencia social; su supervivencia misma depende de los demás. Estas conclusiones no tienen nada de novedoso; últimamente se ha descubierto un "experimento" que en el siglo XIII realizó el emperador Federico II.

Otras de sus locuras era averiguar qué lenguaje y modos de expresión emplearían ciertos niños, cuando creciesen, sin que antes se les hubiese hablado. Así que ordenó a sus madres adoptivas y a sus nodrizas que amamantaran a los niños, que los bañaran y los lavaran, pero que de ningún manera los arrullasen o les hablasen porque quería saber qué lengua hablarían primero: ¿el hebreo —la lengua más antigua— el griego, el latín, el árabe o, quizás, la lengua de sus padres? Pero su trabajo fue inútil porque todos los niños murieron: no podían vivir sin las caricias, las sonrisas y las dulces palabras de sus madres adoptivas. De allí que ese tipo de canciones se llamen de cuna, porque una mujer canta cuando mece la cuna de su niño, al dormirlo; sin ellas, todos los niños duermen mal y jamás descansan.²

Esta conclusión se ha reforzado empíricamente gracias a investigaciones recientes dirigidas en particular por René Spitz, que comparó a los niños de un orfanatorio, y a los niños de un pueblecillo aislado de pescadores, cuyas condiciones físicas eran deficientes, con un grupo de niños de clase media y, especialmente, con los bebés de una guardería adjunta

¹ Ralph Linton, *Cultura y personalidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 27.

² James B. Ross y Mary M. McLaughlin (eds.), *The Portable Medieval Reader*, Nueva York: Viking, Press, 1949, pp. 366-67.

a una institución penal para muchachas delincuentes.³ En el orfanatorio, las condiciones médicas, nutritivas e higiénicas eran buenas, pero los niños recibían muy poca atención personal por parte de las niñeras (cada niñera, por más maternal que fuese, podía dedicarle poco tiempo a un solo niño, porque era responsable de ocho). En la institución penal las condiciones físicas eran semejantes, pero los niños estaban mejor cuidados por sus madres. La conclusión que se obtuvo de estas observaciones fue que "la ausencia del cariño, el estímulo y el amor maternos producía no sólo un desarrollo físico y emocional limitados, sino también una alta tasa de mortalidad". O, utilizando las palabras de un famoso psicoanalista, diremos que "los niños sin cariño se mueren".⁴ (Esta conclusión se aplica principalmente, sin embargo, a la segunda mitad del primer año de vida del infante.) Los descubrimientos específicos de Spitz han sido criticados principalmente desde un punto de vista metodológico, pero otras investigaciones han comprobado, por lo general, el hecho de que una relación "paterna" o "materna" adecuada es vital para el desarrollo.⁵

El niño, así como el adulto más tarde, aprende sus hábitos, sus actitudes, sus creencias y los valores de su cultura de quienes lo cuidaron cuando era pequeño y luego de otras personas. Aprende a satisfacer sus necesidades dentro de los cánones aprobados por su sociedad para poder desempeñar más tarde las funciones que se le exigirán. Sus gustos y sus aversiones, sus esperanzas y sus ambiciones, las mismas interpretaciones que formula acerca de su sociedad y de lo sobrenatural (si algún día llega a tener nociones de este tipo) se desprenden del mundo que lo rodea. Tanto los patrones de respuestas emocionales (la formalidad y la reserva británica, así como la campechanería y sinceridad norteamericanas, son tradicionales y, en parte, clisés justificados), como los modos de percepción y entendimiento, están bajo la influencia de la cultura que va a llegarnos a través de las actividades de otras personas.

La influencia social permea hasta el fenómeno ostentadamente "privado" de la percepción; para ilustrarlo echemos mano de la "historia moral del campesino y el grillo".

Un campesino, que caminaba por una ruidosa calle citadina, tomó del brazo a su amigo, nativo de la ciudad, y le dijo: —Escucha el chirrido del grillo.

El citadino no oyó nada hasta que su bucólico amigo lo llevó hasta una grieta en la fachada de un edificio; el grillo se exhibía sin que las multitudes lo oyesen.

—¿Cómo es posible que adviertas ese sonido tan débil en medio de tanto ruido? —preguntó maravillado el citadino.

—Mira —contestó el otro, al tiempo que arrojaba una moneda sobre la banqueta. Más de una docena de peatones volvió la cabeza al oír el débil sonido.⁶

³ René A. Spitz, "Hospitalism: An Inquiry Into the Genesis of Psychiatric Conditions in Early Childhood", *Psychoanalytic Study of the Child*, I (1945), 53-74; "Hospitalism: A Follow-up Report", *Ibid.*, II, 113-17.

⁴ Sandor Ferenczi, citado por Abram Kardiner, en Linton, *op. cit.*, p. 24.
⁵ L. Joseph Stone y Joseph Church, *Childhood and Adolescence*, Nueva York: Random House, 1957, p. 63. Ver pp. 58-66 para obtener una mayor información acerca de las publicaciones sobre este tema.

⁶ E. Adamson Hoebel, "The Nature of Culture" en Harry L. Shapiro (ed.), *Man, Culture, and Society*, Nueva York: Oxford University Press, 1956, pp. 175-76.

Personalidad y experiencia social

El individuo es mucho más que un mero conjunto de costumbres, creencias, objetivos, valores, respuestas emocionales o actitudes, que responden siempre a patrones culturales. Este conjunto de elementos psicológicos se organiza dentro de una estructura que se conoce generalmente como la "personalidad" del individuo, en la que todas las partes no están dispuestas al azar sino en relación las unas con las otras. Una personalidad posee atributos que la convierten en algo más que la simple suma de esas partes (el término personalidad es tan difícil de definir y es empleado de maneras tan diversas, como el término sociedad, o quizás más aun. Con todo, muchos psicólogos convendrán en que de cualquier modo que se emplee esa palabra, se designará siempre a algún tipo de organización o estructura psicológica. Los psicólogos no concuerdan entre sí cuando se ponen a investigar los elementos que constituyen la personalidad o cuando hablan de los mecanismos con los que funciona un sistema psicológico en su totalidad).⁷

La estructura de la personalidad, así como muchos de sus componentes —costumbres, actitudes, valores, creencias— se apoya en bases fisiológicas y anatómicas, pero deriva principalmente de la cultura, a través de las relaciones sociales. Nuestro conocimiento de los procesos mediante los cuales la cultura y la sociedad afectan el desarrollo de la personalidad se debe en gran medida a las contribuciones de tres investigadores: Charles Horton Cooley, un economista que se hizo sociólogo y uno de los más importantes teóricos y maestros de la sociología; George Herbert Mead, contemporáneo de Cooley, filósofo y psicólogo social; y Sigmund Freud, el fundador del psicoanálisis y quizás el hombre que más influencia ha tenido en el estudio de la conducta humana en los últimos setenta y cinco años.

Cooley fundamentó sus conclusiones principalmente en observaciones cuidadosas, aunque poco sistemáticas, de la conducta de sus propios hijos y de las cosas que sucedían a su alrededor; eso, unido a su profundo conocimiento de la literatura antigua, le permitió subrayar la importancia de pertenecer a "grupos primarios": la familia, los grupos de juego y las vecindades. Durante la infancia, el periodo más plástico del desarrollo, el individuo es fundamentalmente miembro de esos grupos; dentro de ellos, adquiere los sentimientos y características básicamente humanos, al mismo tiempo que aprende los modos de vida de su sociedad. (Estos grupos son "primarios" porque son "esenciales" para determinar la naturaleza social y los ideales del individuo"; son "la casa cuna de la naturaleza humana".)⁸

Utilizando los trabajos anteriores de William James y del psicólogo James M. Baldwin, Cooley exploró también la relación entre la sociedad y el "sí-mismo", la conciencia y el sentimiento individual de la propia identidad social y personal. Aunque para Cooley "la emoción o el sentimiento de ser 'sí-mismo' debe considerarse como un instinto" (punto de vista que no comparten otros estudiosos de la personalidad), éste

⁷ Véase Calvin Hall y Gardner Lindsey, *Theories of Personality*, Nueva York: Wiley, 1957.

⁸ Charles H. Cooley, *Social Organization*, Nueva York: Scribner, 1929 (edición original publicada en 1909), p. 23.

sólo se "define y se desarrolla con la experiencia"⁹ y particularmente con la experiencia social. A través del lenguaje, que posee sin lugar a dudas un carácter social, el individuo obtiene las ideas que adopta como propias. La actitud con que cada individuo considera su propio carácter —físico, psicológico y social—, puede cambiar significativamente ante la actitud de los demás. Si los demás aprueban sus acciones o su aspecto, o él piensa que así es, entonces él también las aprueba, o al contrario. Cooley llamó a esta auto-imagen el espejo del "sí-mismo" que "parece tener tres elementos principales: la imagen de nuestro aspecto para otras personas; la imagen de su juicio sobre ese aspecto; y una especie de sentimiento personal como el orgullo o la mortificación".¹⁰

El "sí-mismo" es uno de los elementos más importantes entre los que integran la personalidad; la importancia de las costumbres, de las actitudes, de los valores y creencias depende de su relación con los sentimientos que uno tenga acerca de su propio ser. Se responde con mayor rapidez e intensidad a los acontecimientos externos que afectan a la imagen que tenemos de nosotros mismos, que aquellos en los que el propio ser no está incluido. El que participa en una conversación de grupo pone mayor atención cuando oye alguna alusión vaga sobre él, aunque provenga de un rincón alejado y no "oiga" nada más. Se mantiene calmado y objetivo ante la discusión de distintos temas y sólo se levanta indignado o complacido cuando los comentarios pueden referirse a su persona, a sus actividades o a su relación con los demás.

La contribución de Mead —considerada, tanto por él como por otros, como una continuación de las ideas de Cooley—, centra su enfoque también sobre el "sí-mismo" en tanto que producto social. "El 'sí-mismo', escribe, tiene un carácter diferente del organismo fisiológico en sí. El 'sí-mismo' es algo que se desarrolla, que no está originalmente en el nacimiento, sino que surge del proceso de la experiencia y la actividad sociales; es decir, se desarrolla en un individuo dado como un resultado de sus relaciones con ese proceso en su totalidad y con otros individuos envueltos en ese proceso."¹¹ La cualidad distintiva del "sí mismo" es que "es un objeto para sí"; puede lograr alguna objetividad y distancia al mirarse o evaluarse. Los elementos principales para que el "sí-mismo" emerja, son el lenguaje y el desempeño de ciertas funciones. La importancia crucial del lenguaje está en el hecho de que permite que el individuo se coloque en el lugar de los demás y actúe como ellos pudieran hacerlo. Como resultado de este proceso continuo de desempeñar el papel de los demás, surge un "sí-mismo" que posee la capacidad de considerarse desde ese punto de vista y, por tanto, capaz de orientar su conducta según los otros lo deseen. "El individuo, dice Mead, se experimenta a "sí-mismo" no directa, sino indirectamente a través de las opiniones de otros miembros individuales de su mismo grupo social o desde el punto de vista generalizado del grupo social al que pertenece."¹² Cuando los miembros de un grupo comparten un punto de vista hacia los demás y responden de la misma manera a su conducta, se crea una institución.

⁹ Charles H. Cooley, *Human Nature and the Social Order*, Nueva York: 1902, p. 139.

¹⁰ *Ibid.*, p. 152.

¹¹ George H. Mead, *Mind, Self, and Society*, Chicago: University of Chicago Press, 1934, p. 135.

¹² *Ibid.*, p. 138.

Los trabajos de Mead son principalmente especulativos y se basan en las observaciones que hizo acerca de su propia conducta y de los que lo rodeaban; además, incluyó sus estudios sobre literatura filosófica y psicológica. Sin embargo, se han obtenido los mismos resultados mediante la cuidadosa investigación empírica. El conocido psicólogo suizo Jean Piaget resumió los resultados de un estudio metódico y arduo sobre la conducta infantil, con las palabras siguientes: "La vida social es necesaria si el individuo pretende tomar conciencia de su propia mentalidad."¹³

Para Freud, las relaciones familiares son el factor central para el desarrollo de la personalidad, a pesar de que mantiene una creencia firme en el carácter instintivo y permanente de los impulsos humanos. Sin detenerse a examinar el carácter institucional de la familia, examinó con minucia la interacción compleja que existe entre la madre, el padre y los hijos, y sus consecuencias psicológicas. En esta interacción, el niño se identifica con sus padres —generalmente el hijo con el padre y la hija con la madre— e incorpora en su propia personalidad las normas que ellos le imprimen. Este padre "introyectado", es decir, la imagen paterna que se integra en la personalidad infantil, es llamada por Freud el "super-ego"; además, señala que sirve "como vehículo de la tradición y de todos los valores establecidos que se transmiten de generación en generación".¹⁴ El super-ego no sólo incorpora los valores con que la persona juzga su "sí-mismo" o su yo, sino todos aquellos conceptos de la realización que le llegan principalmente a través de sus padres, y que el individuo trata de realizar para lograr el *ego ideal*, si lo decimos en lenguaje freudiano. (Como Mead, Freud también advirtió que "el yo puede considerarse o tratarse como un objeto, observarse, criticarse y hacer todo lo que le venga en gana consigo mismo".¹⁵ Objetivos e ideales, así como normas y patrones morales, derivan de la interacción social y psicológica que hay entre los padres, o sus sustitutos, y el niño.

Trabajos psicoanalíticos recientes, sin tomar en cuenta a los analistas ortodoxos, han subrayado el papel de la cultura y de los elementos "interpersonales" en el desarrollo de la personalidad; enfoque que refuerza la estrecha relación que existe entre el individuo y su cultura y la sociedad.

Este resumen excesivamente breve no hace justicia a las contribuciones que Freud nos ofreció para comprender mejor al hombre. Su obra capital fue esencialmente psicológica y trata de la estructura y el funcionamiento de la personalidad, sus desórdenes y el desarrollo de los métodos susceptibles de paliar esos desequilibrios. Su obra posterior intentó explicar psicológicamente muchos fenómenos sociales, pero ni ella, ni sus teorías específicamente psicológicas, nos conciernen en este capítulo.

La obra de estos iniciadores ha sido elaborada y estudiada con gran cuidado por otros investigadores; el análisis teórico ha sido corregido y enriquecido por ellos, y han utilizado la investigación empírica para explorar los procesos por los cuales se forma una personalidad. Sólo que

¹³ Jean Piaget, *The Moral Judgement of the Child*, traducción de Marjorie Gabain, Glencoe, Ill.: The Free Press, 1948, p. 407.

¹⁴ Sigmund Freud, *New Introductory Lectures on Psychoanalysis*, traducción de W. J. H. Sprott, Nueva York: Norton, 1933, p. 95.

¹⁵ *Ibid.*, p. 84.

la influencia de la cultura y la sociedad sobre la personalidad y el individuo no se limita a los primeros años de vida y al proceso de socialización; ningún individuo se evade de su ambiente social. Como ya lo hemos afirmado, parte de la cultura la incorpora a su personalidad —interiorizándola o exteriorizándola según sea el caso— a través de patrones de respuesta, de valores, de actitudes, de deseos y hasta de puntos de vista sobre el mundo que lo rodea; este conjunto de patrones afecta su conducta ulterior. Las relaciones sociales que crea en su vida inicial moldean definitivamente su personalidad, como Freud lo demostró plenamente. Con todo, la personalidad no es sólo un producto de la experiencia pasada, sino que se inserta en procesos sociales en constante desarrollo. El individuo es siempre "un foco de asociación";¹⁶ pertenece a un número mayor o menor de grupos que pueden ir graduándose en tamaño y en carácter, desde la familia y la amistad informal hasta la nación. Además, puede ocupar *status* que no lo afectan necesariamente en ningún grupo social en particular. Cada afiliación y *status* lleva consigo un papel, un conjunto de posibilidades de conducta que pueden incorporarse a la personalidad individual o violentarla mediante las sanciones sociales. Sus respuestas a las exigencias sociales y a las de otras personas con las que se pone en contacto adquirirán el tinte de la personalidad que se le imprimió en su edad temprana, aunque ésta puede a su vez cambiar de distintas maneras.

La explicación sociológica

La estrecha relación que existe entre el individuo y su medio social hace posible explicar algunos aspectos de la conducta humana sin acudir directamente a referencias de carácter psicológico. La mayor parte de la gente está tan socializada que tiende a imitar las normas de los grupos a que pertenece; y con excepción de los casos en que se producen presiones psicológicas o sociales que señalan lo contrario, basta saber el tipo de grupo al que el individuo se ha asociado para predecir o establecer algunas de sus acciones. Si se sabe la clase social a la que pertenece un inglés se puede predecir casi de antemano si dirá "casa" u "hogar" cuando se refiera a su residencia (lo primero corresponde a la clase alta; lo segundo, no), o si dirá "rico" o "adinerado" cuando se refiera a sus circunstancias económicas o a las de otros (el primer adjetivo lo empleará un hombre de la clase alta, el segundo no).¹⁷ Es posible asegurar que los norteamericanos de la clase media —aunque puedan tener distintas personalidades— tienen sólo una esposa, se refieren a la "cena" cuando se trata de la comida de la noche, tienen coche, refrigerador, televisión y esperan enviar a sus hijos a la universidad.

¹⁶ Robert M. MacIver y Charles H. Page, *Society: An Introductory Analysis*, Nueva York: Rinehart, 1949, p. 217.

¹⁷ Estos ejemplos se han tomado del libro de Nancy Mitford, *Noblesse Oblige*, Nueva York: Harper, 1956. Una lista comparable, aunque más breve, sobre las diferencias de clase en el empleo del lenguaje en los Estados Unidos, se encuentra en el libro de E. Digby Baltzell, *Philadelphia Gentlemen*, Glencoe, Ill., The Free Press, 1958, p. 51. La lista de Baltzell es mucho más corta, en parte porque no pretende ofrecernos la elaborada investigación que nos brinda Mitford, y en parte también porque las diferencias de lenguaje no son tan grandes en los Estados Unidos como en Inglaterra.

Desde el punto de vista de la relación que existe entre el individuo y su sociedad y su cultura, es posible suponer también que las personas que tienen características sociales similares y que han pasado por las mismas experiencias podrán comportarse, en general, aproximadamente de la misma manera, aun cuando su conducta no se incluye dentro de lo que prescriben ciertas instituciones o cuando tiene distintas alternativas que la misma cultura les ofrece. Si los norteamericanos participan del mismo *status* económico, del mismo lugar de residencia y del mismo ambiente religioso, es posible predecir, con un buen margen de seguridad, la manera como habrán de votar en las elecciones (los porcentajes de seguridad aumentan si se excluye al sureño, que pertenece sólo a un partido). La educación de cada gente determina también la forma de su conducta: los libros que lee, los programas de radio o televisión que sigue, sus diversiones o intereses, etcétera.

Estas mismas proposiciones generales pueden ser útiles también para explicar ciertos cambios de conducta. Si se observan diferencias en el lenguaje, en el vestido, en la forma de votar, en la forma de comer, en las relaciones entre padres e hijos, en las actitudes, en las creencias, etcétera, es posible que las expliquemos, en parte, con las normas contradictorias de los grupos a que pertenecen los hombres y en la variada experiencia social que la gente puede tener.

Debe entenderse, sin embargo, que las conclusiones empíricas específicas que se obtengan de esas proposiciones son siempre postulados de frecuencia o probabilidad relativa. Los obreros manuales tienden casi siempre a considerarse como miembros de la clase trabajadora, pero un reciente estudio ha demostrado que sólo el 77 % de los obreros manuales urbanos hacen esta distinción.¹⁸ Muchas personas "juran" que cumplirán con su deber cuando se les da un cargo oficial en los Estados Unidos, pero sólo muy pocos "afirman" que lo harán. O para cambiar de ejemplo, la moral de los trabajadores industriales aumenta cuando hay grupos de trabajo bien establecidos dentro de la fábrica,¹⁹ pero su moral baja cuando los grupos de trabajo se enfrentan a ciertos problemas.

Estas proposiciones empíricas se fundamentan estadísticamente debido en parte a la complejidad de la vida social. Los trabajadores manuales poseen además de su ocupación otros atributos que pueden influir para que se identifiquen a cierta clase social. Los trabajadores manuales que no se consideran como miembros de la clase obrera son generalmente más educados y provienen de familias de empleados con mucho mayor frecuencia que aquellos que aceptan la identificación de obreros.²⁰ Las creencias religiosas hacen que los cuáqueros "afirmen" su responsabilidad cuando asumen un cargo público, en lugar de "jurar" según la forma convencional. Otros muchos factores, además de las relaciones que hay entre los compañeros de trabajo, pueden influir en la conducta de los trabajadores de una fábrica. Desde el momento en que es imposible tomar en cuenta todas las variantes sociales y culturales que afec-

¹⁸ Richard Centers, *The Psychology of Social Classes*, Princeton: Princeton University Press, 1949, p. 86.

¹⁹ Véanse Elton Mayo y G. F. F. Lombard, *Teamwork and Turnover in the Aircraft Industry of Southern California*, Boston: Harvard Business School, Division of Research, 1944; Elliott Jacques, *The Changing Culture of a Factory*, Nueva York: Dryden Press, 1952.

²⁰ Centers, *op. cit.*, p. 164, cuadro 68 y p. 180, cuadro 77.

tan la conducta humana, se presentará siempre un margen de error en los análisis y predicciones sociológicos. En este sentido, la sociología no es un campo aparte, porque todas las ciencias empíricas pueden presentar, en mayor o menor grado, la misma desventaja.

Personalidad y cultura

Las proposiciones sociológicas se presentan a menudo bajo la forma de postulados de frecuencia o probabilidad; ello obedece no sólo al número y complejidad de las variantes sociales y culturales que se encuentran en juego, sino también a que los atributos personales pueden alterar las respuestas individuales frente a ciertas normas culturales o frente a las demandas o exigencias de los demás. Las personas sugestionables seguirán inmediatamente los consejos de un anuncio comercial de la televisión, mientras que otras permanecen indiferentes; los niños agresivos participan rápidamente en cierto tipo de juegos, en tanto que los niños tímidos buscan otras actividades. La sugestión de ciertos sociólogos y psicólogos sociales en el sentido de que la personalidad es esencialmente el "aspecto subjetivo de la cultura",²¹ puede considerarse como una extremada simplificación de las complejas relaciones que existen entre la personalidad y la cultura. Esta proposición, que ha logrado gran difusión, se apoya en una concepción errónea de la naturaleza de la cultura, e ignora algunos descubrimientos psicológicos de gran envergadura. La cultura, como ya lo señalábamos, es un concepto abstracto que representa un esfuerzo por descubrir e identificar los patrones repetitivos de conducta compartidos por los miembros de un grupo, no toma en cuenta o soslaya los aspectos individuales y la idiosincrasia de la conducta a que se enfrentan los estudiosos de la personalidad. Un concepto que deriva de la observación de la conducta de los individuos concebidos como miembros de grupos, no puede aplicarse fácilmente a la estructura y a la dinámica de la personalidad.

Considerar la personalidad como "el aspecto subjetivo de la cultura" es, pues, reducir al mínimo las diferencias individuales que persisten tanto por razones sociales como psicológicas. Ningún individuo particular puede incorporar la totalidad de su cultura; ni siquiera todos los elementos que de ella entran en su experiencia. El niño norteamericano de clase media no estará expuesto a los mismos patrones culturales que el hijo de un obrero minero o el hijo de una estrella de Hollywood. Aunque los tres vean las mismas películas o los mismos programas de televisión, lean los mismos libros, el contenido específico de cada cosa será interpretada de manera distinta, en algún grado al menos, y por lo mismo tendrá consecuencias diversas.

El seguir las mismas normas sociales no influye necesariamente y de la misma manera en todas las personas. Un niño puede verse obligado a estar limpio desde muy pequeño o puede aprender gradualmente que es mejor estar limpio que sucio. En ambos casos ha aprendido la norma social, pero los resultados emocionales no serán los mismos. Cualquier elemento que derive de la cultura puede jugar distintos papeles en la economía psíquica de los individuos.

²¹ Véase Ellsworth Faris, *The Nature of Human Nature*, Nueva York: McGraw-Hill, 1937, capítulo III.

Ni siquiera la identidad del ambiente cultural y la experiencia social pueden eliminar las variaciones individuales, porque el equipo biológico singular que cada persona posee influye necesariamente en la formación de su personalidad. El hombre no es una *tabula rasa* sobre la que inscribe sus rasgos la cultura; ni, para cambiar de imagen, es un montón de barro que pueda moldear la sociedad. Su personalidad es el producto de la interacción entre su equipo biológico congénito y su experiencia en la cultura y la sociedad; no es la suma que se obtiene de la simple adición de la cultura al organismo. Lo que se llama muchas veces temperamento, es decir, la manera generalizada de la respuesta —rápida o lenta, flemática o vivaz— parece resultar esencialmente de las funciones biológicas. “Ninguna cultura ya estudiada, comenta Ruth Benedict, ha sido capaz de borrar las diferencias en los temperamentos de las personas que la componen.”²² Las variaciones temperamentales, a su vez, pueden afectar las respuestas individuales del individuo a la cultura dentro de la cual ha nacido una persona. Una persona flemática que viva en una cultura rápida y extenuante, responderá de manera diversa a como lo hace una persona activa y vivaz; la función que escoja (si puede elegir) y la manera como la realice pueden cambiar según sus características temperamentales.

La estrecha relación que existe entre el individuo y su medio social, y el hecho de que derive gran parte de su personalidad de la cultura de su grupo y a través del proceso de interacción con los demás, no puede significar que es simplemente el instrumento de su sociedad o que su personalidad sea sólo un reflejo de su cultura. La relación entre sociedad o individuo no es la de titiritero y títere, en la que el individuo se mueve según se jalen las cuerdas. “Ningún antropólogo (o sociólogo), dice Ruth Benedict, que tenga cierta experiencia sobre otras culturas, puede pensar que los individuos son autómatas guiados mecánicamente por los designios de su civilización.”²³ El individuo no es simplemente una cinta magnética de su cultura, si es posible usar esta metáfora, aunque a veces reproduzca parte de lo grabado, según las circunstancias. Debe considerársele como un ser activo que puede o no actuar de una manera estandarizada, pero que también posee la capacidad de innovación y desviación para que, mediante sus acciones, pueda alterar e influir en la naturaleza de su cultura y su sociedad.

Las perspectivas psicológicas y sociológicas

La sociedad y la cultura, por una parte, y el individuo y la personalidad, por la otra, no son entidades diferenciadas tajantemente, aunque intentamos analizar sus relaciones entre sí como fenómenos distintos. Mejor dicho, cada uno representa una faceta de la vida humana; cada uno se relaciona y depende del otro. Constituyen diferentes focos conceptuales para explorar la naturaleza de la acción humana. Los individuos no pueden subsistir fuera de la cultura y la sociedad, y esta última adquiere su realidad sólo en la personalidad y conducta de los individuos. Cada persona es, simultáneamente, un participante en la vida del grupo, un portador de cultura y una personalidad distinta, así como un organismo

²² Ruth Benedict, *Patterns of Culture*, Nueva York: Pelican Books, 1946, p. 234.

²³ *Ibid.*

biológico sensible. Edward Sapir ha diferenciado gráficamente la cultura de la personalidad, considerándolas como perspectivas alternativas para observar y analizar la conducta humana:

Si veo que mi hijo juega a las canicas, no deseo, por lo general, alcanzar el conocimiento de la técnica del juego. Casi todo lo que yo observo acerca de él tiende a interpretarse como una contribución al conocimiento de la personalidad del niño: es audaz o tímido; alerta o se confunde fácilmente; sabe perder o no sabe, etcétera. El juego de canicas sería en resumen una excusa para revelar ciertos datos o teorías acerca de la constitución psíquica de un individuo en particular. Pero cuando veo que un obrero calificado aceita un generador eléctrico o que un mandarín refinado se sienta a la mesa en calidad de huésped académico, es casi inevitable que mis observaciones revistan la forma de notas etnográficas cuyo resultado neto pueden ser hechos o teorías acerca de ciertos patrones culturales, como el de manejar un generador eléctrico o el de las costumbres de los chinos.²⁴

Los mismos problemas de conducta pueden conceptualizarse desde un punto de vista sociológico o psicológico. La conducta humana puede estudiarse en relación con la organización y funcionamiento de la cultura y la sociedad. Comprar un abrigo de armiño, por ejemplo, puede considerarse como una acción que produce cierta satisfacción al yo del que lo compra (o a su esposo), o como una conducta que contribuye al *status* de una mujer (o de su familia) en la comunidad. Estas dos perspectivas son obviamente las de la psicología y la sociología. Pueden unirse naturalmente en una observación como la siguiente: la compradora debe en parte la satisfacción de su yo al *status* que adquiere en la comunidad.

Las preocupaciones características del psicólogo y del sociólogo los conducen a menudo a interpretaciones distorsionadas de la conducta humana, contra las que ambos deben prevenirse. Cuando observa al individuo, el psicólogo pierde de vista a veces, la influencia de las normas sociales y de la estructura social sobre la personalidad. Por su parte, el sociólogo suele equivocar ciertos conceptos como cultura, sociedad, institución y papel, haciendo que abstracciones que se apoyan en la observación de acciones repetidas se conviertan en entidades concretas y activas que poseen aparentemente la fuerza y el poder “de forzar y modelar a la gente”, con fines y propósitos muy distintos de los que corresponden a seres humanos y activos.²⁵

Cada una de estas aproximaciones nos permite explicar distintos aspectos de la conducta; aisladamente, son incapaces de explicarla en su totalidad. El sociólogo pretende explicar, por ejemplo, la recurrencia de cierta especie de enfermedad mental dentro de algunos grupos sociales, mientras que el psicólogo trata de entender la enfermedad mental de individuos particulares dentro de ese grupo o la dinámica interna de la enfermedad en sí. De la misma manera, el estudioso de la sociedad trata de probar que el porcentaje de alcoholismo es bajo entre los judíos y alto entre los católicos irlandeses. Las preguntas importantes serían: ¿cuáles son las diferencias en los valores, en la experiencia, en las acti-

²⁴ David Mandelbaum (ed.), *Selected Writings of Edward Sapir*, Berkeley: University of California Press, 1949, p. 590.

²⁵ Robert S. Lynd, *Knowledge for What?*, Princeton: Princeton University Press, 1945, p. 22.

tudes y en las relaciones sociales, que pueden explicar los distintos porcentajes de alcoholismo? El explicar por qué una persona en particular —un judío o un irlandés católico— se vuelve alcohólica, mientras que otro no, está dentro del dominio de una encuesta psicológica. El alcoholismo o cualquier enfermedad mental pueden ser vistos como una aflicción que sufre el individuo o como una forma de patrones de conducta que opera en cierta medida dentro un grupo determinado.

Hay, por supuesto, un área indeterminada de imbricación en donde cada una de las perspectivas (o las dos juntas) puede ser útil e importante. Relativamente pocos judíos se vuelven alcohólicos; pero para explicar ese hecho pueden necesitarse categorías sociológicas o psicológicas, o utilizarse unidas. Sólo la investigación sociológica puede probar las alternativas. Los judíos que se vuelven alcohólicos pueden ser personalidades características o pueden encontrarse en situaciones particularmente difíciles o haber tenido experiencias sociales poco frecuentes. Así, su afición al alcohol puede explicarse por la interacción de los rasgos específicos de la personalidad, y por las circunstancias sociales y culturales.

Al conceptualizar el mismo fenómeno, el sociólogo y el psicólogo llegan a distintos planteamientos. El tipo de preguntas ayuda a determinar obviamente la naturaleza de las respuestas que se reciban. Si se trata de explicar por qué un individuo se da a la bebida, se requiere una respuesta psicológica; una respuesta que se refiera sólo a valores, instituciones o relaciones sociales es muy poco significativa. Por otro lado, los procesos psicológicos no podrán explicar el porcentaje de alcoholismo en ningún grupo: este hecho deberá explicarse por razones sociológicas.

Pero el hecho de que el análisis psicológico y sociológico deba conducirse independientemente, no hace ni deseable ni posible que las dos perspectivas se separen totalmente. La compleja realidad de la vida humana y la obvia interdependencia del individuo y la sociedad exigen que cada disciplina se utilice para ayudar a la otra. Ya hemos señalado algunas de las maneras mediante las cuales se altera la personalidad por la cultura y la estructura social. Aun cuando muchos planteamientos psicológicos puedan resolverse sin referirse a las fuerzas externas al individuo, frecuentemente es necesario colocar sus problemas dentro de un contexto cultural y social. La culpa y la frustración, por ejemplo, son procesos psicológicos de considerable importancia en la dinámica de la personalidad, pero su presencia y a menudo su significación derivan de la experiencia social de la persona. La culpa sólo puede desarrollarse cuando se ha violado —o se cree haber violado— alguna norma social que ha sido incorporada a la personalidad. La frustración es a menudo el resultado de un fracaso para lograr algún objetivo socialmente definido, o el impedimento social para satisfacer los impulsos biológicos primarios.

De la misma manera, la sociología debe tomar en cuenta los fenómenos psicológicos y utilizar también conceptos psicológicos. Las organizaciones y los valores sociales producen respuestas psicológicas que pueden jugar un papel importante para determinar ciertos patrones de conducta recurrentes. Cuando se examinó por qué Kate Smith pudo vender en un solo día 39 millones de dólares en bonos de guerra, durante la segunda Guerra Mundial, se encontró que una de las principales razones

del éxito fue la aparente sinceridad de la vendedora. Esta cualidad atrajo al público que, fascinado por la experiencia y posición social de la vendedora, sintió "un anhelo de seguridad, una necesidad imperiosa de creer, un vuelo hacia la fe".²⁶ Como lo muestra este caso, las respuestas psicológicas que produce la sociedad pueden tener consecuencias sociales importantes. Se ha señalado que la cultura norteamericana propicia los sentimientos de culpa y autocastigo entre aquellos que no logran un éxito económico, al asignar a cada individuo la total responsabilidad de su suerte económica. Estos sentimientos desempeñan a la vez una función social muy significativa porque su centro de crítica es el individuo y no las instituciones y estructuras sociales que impiden que ciertos grupos logren éxito en este aspecto.²⁷

El proceso que socializa a los individuos y las exigencias que la sociedad impone a sus miembros crean casi inevitablemente problemas psicológicos, al reprimir los deseos de los hombres y al reforzar modos de conducta que van contra los impulsos e instintos, tanto congénitos como adquiridos. Unas de las principales contribuciones de Freud al entendimiento de la dinámica de la personalidad, es la demostración de la existencia de un grado inevitable de tensión entre los impulsos heredados y los impulsos orgánicos frente a las exigencias de la sociedad. Sin embargo, podemos aceptar el hecho de que el hombre paga un precio psicológico por adquirir cultura, sin aceptar al mismo tiempo la teoría freudiana de que la cultura es antes que nada el producto de los impulsos sexuales reprimidos: un premio por renunciar a la satisfacción instintiva o un sustituto de esa satisfacción. El organismo tendrá que cumplir con diversas exigencias de su experiencia social: aprender a controlar por lo menos algunos de sus impulsos, y a canalizar sus instintos por los cauces aceptados.

Pero los problemas psicológicos no provienen sólo del conflicto entre el impulso y cultura, sino también de la misma naturaleza del proceso social en sí. Demandas contradictorias se le exigen a la vez a la misma persona; los sentimientos y deseos que la misma sociedad propicia deben realizarse en medio de una vida rutinaria que nunca cambia. Se exigen sacrificios para el bienestar de los demás, sin tomar en cuenta los deseos personales. "*Dulce et decorum est pro patria mori* —según Linton—, expresa el punto de vista social. El individuo que muere o haya de ser sacrificado bien puede convenir en lo adecuado del acto, pero no es probable que lo encuentre agradable."²⁸ Los problemas psicológicos que crea la sociedad y la cultura plantean a su vez problemas a la sociedad. "Para que la sociedad sobreviva —continúa Linton—, la cultura no sólo debe contar con técnicas para preparar y refrenar al individuo; debe ofrecerle también comparaciones y salidas. Si le contraría y le reprime en ciertas direcciones, debe ayudarle a que se explaye en otras... [y] también debe facilitar al individuo pasatiempos inofensivos para sus deseos reprimidos socialmente."²⁹

Muchos de los problemas fundamentales de la sociología no podrían

²⁶ Robert K. Merton y otros, *Mass Persuasion*, Nueva York: Harper, 1946, p. 143.

²⁷ Ver Eli Chinoy, *Automobile Workers and the American Dream*, Nueva York: Random House, 1955, capítulo x.

²⁸ Ralph Linton, *Estudio del hombre*, México: Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 399.

²⁹ *Ibid.*

explorarse sin tomar en cuenta el proceso psicológico y las características de la personalidad individual. Con todo, en muchos casos, quizás en la mayoría, estas variantes psicológicas se tratan más según los hechos de la organización social que de acuerdo con la estructura y el funcionamiento de la personalidad. Quedan, sin embargo, muchos problemas en los que las categorías del individuo y la sociedad están mezclados inextricablemente. Puesto que el hombre no obedece automáticamente a los postulados culturales ni responde mecánicamente a las presiones sociales, es necesario explorar los procesos psicológicos y los mecanismos que lo obligan a conformarse a ellos y el porqué esto no sucede frecuentemente. No basta con afirmar que existen dentro de la personalidad motivos para conformarse, o que los hombres han sido condicionados a conducirse culturalmente de una manera estándar, aunque estas dos aseveraciones tengan elementos muy importantes de verdad. Es necesario ir más lejos y evitar las generalizaciones; nuestro objetivo ulterior será explorar los elementos de este complejo juego de personalidad y fuerzas culturales y sociales. Debemos tratar de explicar, si seguimos los postulados de Talcott Parsons, "cómo los papeles-expectativos del sistema social" se convierten en las disposiciones necesarias de la personalidad".³⁰

Aunque estas observaciones puedan sugerir la dificultad de trazar líneas tajantes y definidas entre el estudio de la sociedad y el estudio del individuo, debido a que ambos dependen del otro y a que deben utilizar conceptos y teorías formuladas en su interior, no pueden confundirse las dos disciplinas, ni es posible que se unifiquen en un futuro cercano. La más fructífera colaboración, así como el trabajo más productivo, surge de una clara visión de sus diferencias y de sus relaciones mutuas. Parte del valor de la sociología reside en la ayuda que puede ofrecer a los que estudian la personalidad, así como la psicología puede contribuir significativamente para comprender la organización social y la conducta de grupo. Pero la tarea principal de la sociología sigue siendo el análisis de la estructura social, los sistemas institucionales y las perspectivas culturales.

Postscriptum

El problema que nos ha ocupado en este capítulo, las relaciones entre el individuo y la sociedad, no es sólo de interés para los especialistas. Es un problema que persistentemente le ha preocupado al hombre a lo largo de su historia y cuya respuesta presupone implicaciones morales y políticas. Es un problema de particular importancia para el mundo contemporáneo, donde las organizaciones en gran escala y los regímenes totalitarios amenazan despiadadamente con subordinar al individuo a los propósitos de grupo, para controlar y manipular sus actividades diarias, sus creencias y sus actitudes, despojándolo de ese respeto por el individuo que ha constituido una de las venas más ricas de la tradición cultural del Occidente.

No podemos explicar las implicaciones de las múltiples respuestas que se han dado en el pasado a estos problemas. Hacerlo, sería llevarnos prematuramente a los problemas de la historia intelectual y a la

sociología de las ideas y del conocimiento. En algunos puntos discutiremos necesariamente varios aspectos de las relaciones entre el individuo y la sociedad, especialmente en el capítulo xvi. Aunque la discusión se centre alrededor de los conocimientos más fundados que poseamos, el lector debe recordar —como ocasionalmente nosotros lo hacemos— que las controversias teóricas y los descubrimientos empíricos pueden tener una proyección más amplia que la científica y que la sociología no puede librarse de su contexto social. El que estudia a la sociedad ha de tratar de disociarse de sus valores en cuanto toca sus propósitos científicos, pero no puede tampoco olvidar que es miembro de una sociedad y que sus descubrimientos y sus conclusiones tienen consecuencias sociales.

³⁰ Talcott Parsons, *The Social System*, Glencoe, Ill., The Free Press, 1951, p. 540